Dice Yuri Andrujovich: En tiempos de guerra, la demanda y necesidad de cultura es mucho mayor. Es la respuesta de la vida ante la posibilidad de destrucción total. La cultura nos permite seguir siendo personas. Los escritores tenemos un papel crucial.

Papel Literario

FUNDADO EN 1943 · 80 AÑOS

DOMINGO 12 DE MARZO DE 2023

•**Dirección** Nelson Rivera •**Producción PDF** Luis Mancipe León •**Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez •**Correo electrónico** riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •**Twitter** @papelliterario

CONVERSACIÓN >> HAY FESTIVAL CARTAGENA, 28 DE ENERO

Periodismo para desentrañar el crimen

Ronna Rísquez, periodista venezolana y autora del estremecedor volumen recién publicado, *El Tren de Aragua. La banda que revolucionó el crimen organizado en América Latina*, conversó con Bruno Paes Manso (autor de *República de milicias*), Oscar Martínez (autor de *El niño de Hollywood* y de *Los muertos y el periodista*) y Jon Lee Anderson, maestro de la Fundación Para Un Nuevo Periodismo Iberoamericano

JON LEE ANDERSON, RONNA RÍSQUEZ, BRUNO PAES MANSO Y ÓSCAR MARTÍNEZ, HAY FESTIVAL CARTAGENA 2023

P. L.

Jon Lee Anderson: Nos toca un tema un poco tétrico, pero creo que lo podemos convertir en una conversación amena e interesante. Los tres compañeros aquí presentes han escrito libros, asumiendo como reporteros, una de las tareas más difíciles y peligrosas que se puede hacer en América Latina: acercarse al mundo del hampa. En cada país hay un nombre distinto para las agrupaciones delictivas que se organizan alrededor del tráfico de drogas, la trata de personas, el control territorial, etc. En Brasil, a los grupos policiales que son a su vez, de carácter criminal, se les conoce como *milicias*. En Venezuela, quienes controlan el crimen desde la prisión se llaman *pranes*, y en El Salvador a las pandillas son conocidas como *clicas*.

Pero, antes de conversar con los compañeros, quería hacer una pequeña reflexión sobre el panorama de la región a partir de mis experiencias acá, que comenzaron hace años cuando no se hablaba ni de carteles, ni *clicas*, ni *milicias*, ni *pranes*.

En la época de la Guerra Fría se hablaba de organizaciones insurgentes, rebeldes y de orientación marxista, que peleaban en aras de un supuesto mundo mejor. Proponían una orden socialista que contrarrestaría el capitalismo *yankee* impuesto por mis paisanos de Estados Unidos. Después vino el colapso del socialismo y el triunfo del capitalismo hace 30 años. Aquí estamos, con organismos armados tal y como antes, solo que ya no están subiendo a la montaña para ser como el Che, sino para adquirir dinero, territorio, control de poblaciones y –en algunos casos, cada vez un poco más– disputar el terreno de las almas y mentes con los gobiernos de turno que, si bien son elegidos en democracia, también sabemos que, lamentablemente estas no han cuajado como muchos de nosotros hubiésemos querido o esperado hace 30 años, cuando los militares volvieron al cuartel y las guerrillas depusieron las armas en todos los países, menos en Colombia.

Otra cosa ha sucedido: América Latina es tan violenta como lo fue durante la Guerra Fría, solo que ahora se ejerce la violencia en nombre de otra lucha de supervivencia que viene a veces desde abajo, y a veces es alentada desde arriba. Es por esto que la conversación de hoy va a ser tan interesante: tenemos bien representada a Centroamérica con El Salvador, y Venezuela es un país que les va a sonar muy familiar a los colombianos por su cercanía inmediata. Completa el trío Brasil, el gigante del sur, así que van a ver que hay muchos nexos entre sí, muchos síndromes en común.

Creo que el factor más preocupante, que se diluye de la lectura de los libros de los amigos aquí, es que el estado político de los países se entremezcla con la delincuencia de una manera a veces encubierta pero obvia, e incluso hasta reveladora.

No creo que se sorprendan, pero detalles aquí hay para sorprenderse. Remato esta reflexión con una memoria mía; algo que me ocurrió en Brasil hace 12 años. Tuve la oportunidad de recorrer una de las barriadas de Río que llaman *complexos*, que no son más que múltiples favelas unidas de tal manera que conforman una especie de *megalópolis* de barriada. Esta, en particular, estaba en manos de una agrupación llamada el Comando Rojo.

Entré a este *complexo* y conocí al jefe de la organización en Río, cuyo cabecilla principal estaba preso en una cárcel del Estado ubicada en la zona de Pantanal, bastante remota. Sin embargo, este delincuente, a través de su abogado, lograba despachar las instrucciones sobre cómo se debía llevar a cabo el tráfico de drogas, los sobornos y sicariato en la zona controlada. En una de esas andadas, le pregunté al *Gringo* (el jefe de seguridad) si aún el Comando Rojo mantenía la reivindicación social con la que surgió la agrupación en los años 70, con presos políticos recluidos en una isla durante la dictadura militar. Su respuesta fue: "no, ahora solo somos criminales".

No voy a hablar más. Espero que sean nuestros amigos quienes respondan. Ronna, has escrito *El Tren de Aragua*, que es un libro de lectura fascinante. Arrancas con la incursión en una prisión fuera de Caracas que está en manos de los presos, y la organización se califica como El Tren de Aragua. Explicas en tu texto que, si este fuera un tren de verdad, la prisión funcionaría como una especie de terminal para una red de trenes que sale por toda Latinoamérica, incluso hasta Centroamérica, Estados Unidos y Chile. Cuéntanos, por favor, un poco sobre esa prisión, cuyos personajes me dejaron fascinado.

Ronna Rísquez: La prisión de Tocorón es una cárcel que está en el estado Aragua, al lado de Caracas en la región costa-montaña. Aragua es un estado de tradición militar, instalaciones militares que tienen más de un siglo de antigüedad. Además, es ahí donde funciona la fábrica de armas y municiones que surte a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB). Hubo, definitivamente, una serie de elementos que se combinaron para que naciera el Tren de Aragua.

Tocorón está totalmente controlada por El Tren de Aragua que nació ahí en 2014. Quizás, un poco antes, los miembros tenían una estructura con la que operaban en años anteriores, pero se cuenta el nacimiento de la agrupación a partir de ese año. Como ven, es muy poco el tiempo que ha transcurrido desde su nacimiento hasta su expansión por el continente.

La cárcel es manejada por el *pran*, nombre que se le da al jefe de una prisión. El *pran* es quien toma todas las decisiones, incluso las que deberían tomar las autoridades fuera de la prisión. Por ejemplo, es quien decide si la guardia puede o no hacer requisa a los familiares que visitan el presidio.

Gracias al *pran* los presos se trasladan en motocicletas dentro del penal y portan armas. Dentro de la cárcel no hay funcionarios del Estado, y el control absoluto es de los presos. Digamos que la cárcel funciona como una ciudad, donde el *pran* es una especie de alcalde. En la cárcel funcionan comercios de ropa, comida y hasta de licor. Tienen un zoológico con distintos tipos de especies, un campo de béisbol con grama artificial casi al nivel de un campo profesional y moderno, gimnasio, canchas, restaurantes, apartamentos para los *pranes* o jefes principales dotados con aire acondicionado, y hasta contratan personas para construir asaderos de carne dentro de la casa.

Tanto la policía como las autoridades están afuera y trabajan para el *pran*, sometidos tanto a sus órdenes y decisiones como a las de los luceros o aliados del mismo. Cuando se dieron cuenta de que tenían el control absoluto de la prisión, comenzaron a controlar localidades. Luego, apostaron fuera de Venezuela: Chile, Colombia (sobre todo Bogotá y el norte de Santander), Perú y Ecuador, en la frontera entre Venezuela y Brasil también operan con más fuerza. A los miembros de la agrupación se les pregunta a dónde quieren ir, y viajan como en una especie de comisión de servicios. El Tren de Aragua es, a mi modo de ver, una empresa criminal.

Prefacio al libro *El Tren de Aragua*

LUIS MORENO OCAMPO*

Este libro presenta diferentes riesgos para su autora.

Expone su vida y la de otras personas para describir el funcionamiento local, nacional e internacional de un grupo criminal radicado en una cárcel de Venezuela.

Un riesgo diferente es que su esfuerzo sea ignorado. Que el libro no sea utilizado para enfrentar el problema descrito.

No se trata solo de los serios problemas de gobierno en Venezuela, sino de que no hay una estrategia clara que pueda aplicarse.

El grupo se originó en la cárcel y sabe cómo operar desde allí. No bastaría terminar con el grupo sino evitar que otras bandas lo reemplacen. No hay policías regionales u otros organismos que puedan seguir las pistas de la incipiente internacionalización denunciada. Ni siquiera hay un campo académico específico que pueda estudiar en forma integrada la complejidad del tema.

Los sistemas de seguridad, basados en jerarquías nacionales que deben actuar con criterios formales, no están preparados para enfrentar redes criminales que cruzan las fronteras.

A fines del 2011, durante mis últimos meses como fiscal de la Corte Penal Internacional, visité México para entender mejor el problema de la violencia que asolaba ese país. El secretario de gobernación, José Blake Mora, me explicó que durante los ochenta México ignoró el crimen organizado.

Se consideraba que era un tema de Estados Unidos, al que le correspondía controlar el tránsito de la droga producida en Colombia. Dos décadas más tarde, Blake me reconoció que México no podía evitar el control territorial de las bandas criminales. La estrategia de "plata o plomo" había permitido la consolidación de los carteles mexicanos.

Una semana después de nuestro encuentro, se estrelló al sur de la Ciudad de México el helicóptero que conducía a Blake, quien murió junto a otras siete personas.

Una década más tarde la situación no ha mejorado sustancialmente y este libro presenta una oportunidad de cambio.

El primer paso puede ser que podamos entender mejor las conexiones que el libro expone, hacerlo desde notas periodísticas, miniseries de televisión y análisis de expertos.

Estas palabras introductorias son mi pequeña contribución para enfrentar los dos riesgos. La autora no está sola, estamos observando lo que ocurre con ella y su obra. El desafío no es solo protegerla, sino conectar lo que nos cuenta con lo que ocurre en otros países. No podemos ignorarla.

Nuestro desafío es transformar este libro en una palanca de cambio.

*Luis Moreno Ocampo fue el Primer Fiscal General de la Corte Penal Internacional (2003-2012). Autor de *War and Justice in the 21st Century*, Oxford University Press, 2022.

**El Tren de Aragua. La banda que revolucionó el crimen organizado en América Latina*. Ronna Rísquez. Editorial Dahbar. Venezuela, 2023.

(Continúa en la página 2)

Esta edición PDF del Papel Literario se produce con el apoyo de **Banesco**

Periodismo para desentrañar el crimen

(Viene de la página 1)

Mi personaje principal se llama Roxana, y también una de las fuentes más importantes. Fue su historia la que me permitió hacer el *clic* y convertir esta investigación en un libro. Roxana es una mujer que tiene un nivel educativo bastante bueno y un nivel económico aceptable. Quiere ir a divertirse en Tocorón porque se dice que, en Tokio, la discoteca que está dentro del penal, es la más popular y divertida de todo Aragua, donde se hacen las mejores fiestas. Además, el mecanismo para ingresar no era muy complicado, y así es como Roxana decide ir con su pareja a la discoteca.

Ahí conoce a uno de los *pranes*, que se enamora de ella. Y así comienza una historia que terminaría con Roxana confesándome que hizo realidad todas sus fantasías dentro de una prisión: desde tener poder y dinero hasta ser bañada en distintos tipos de licor.

Jon Lee Anderson: *Tren de Aragua* es, definitivamente, una lectura compulsiva. Bruno Paes Manso ha escrito un libro que es de lectura de rigor en Brasil, país que he visitado varias veces y del cual tengo muchas referencias. Está traducido al español y aborda la formación, evolución y actualidad de las llamadas *milicias* de Brasil, sobre todo en Río de Janeiro. Todos conocemos policías corruptos en muchos países de Latinoamérica: me vienen a la mente casos emblemáticos como El Salvador y Guatemala, cuyos cuerpos policiales fueron embajadores del terrorismo de Estado para hacer negocios sucios. En Brasil, estas *milicias* que nacen de la policía se han enquistado y vuelto, a su vez, organizaciones criminales que se disputan el control territorial.

Una anécdota personal de Río de Janeiro: una vez me presentaron a un miliciano, que resultó ser un policía inactivo. Me llevó a una favela llamada Barra da Tijuca, que es un área algo *miamense* en las afueras de Río. Como buenos latinoamericanos, en Brasil nadie paga bien a sus empleados domésticos, que viven en la miseria, en un pantano detrás de la zona. Es ahí donde narcotraficantes y milicianos se han disputado el territorio, justo al lado de la icónica Ciudad de Dios.

Este expolicía me explicó cómo, exactamente, había tomado con otros funcionarios el control de la zona con ayuda del Estado. Una vez que la policía militar toma el control, se hace una subasta donde varias milicias pujaban por el control de la zona. Una vez concretada la "compra", se evacúan a los narcotraficantes y "limpian" de drogas el sector, para luego tomar el control de los servicios de transporte público, agua, gas, electricidad y hasta internet. Es un negocio.

Pero la milicia es mucho más que eso, y nos dice mucho de lo que hemos aprendido a llamar "bolsonarismo".

Cuéntanos, Bruno. Creo que Adriano Magalhães da Nóbrega, uno de los personajes que citas en *República de milicias*, es un ejemplo perfecto para explicar este fenómeno. Pero posiblemente tengas otro en mente.

Bruno Paes Manso: El fenómeno de las milicias se desprende de la historia del narcotráfico en nuestro continente. En Brasil, es un problema que tiene más de 40 años, de la época cuando en Medellín se empezaron a exportar drogas por todo el mundo, convirtiéndose en un importante corredor de venta y tráfico. Hoy en día, somos el segundo mercado consumidor de coca en Latinoamérica.

Como consecuencia, los empleos pasaron a asumir la informalidad del mundo del crimen, siendo las milicias una especie de gobiernos criminales, que surgieron como una forma importante de supervivencia, muy lucrativa. En los años 80 y 90 el tráfico de drogas en Río de Janeiro fue muy importante, ya que había control de los territorios en las favelas, porque era ahí donde iban las personas ricas a comprar drogas.

Pero en la disputa por estos territorios había fuego, balas y violencia. Si se quería más mercado, se intentaba invadir un territorio. La ciudad de Río de Janeiro era muy violenta, con tiroteos en pleno centro de la ciudad. Entonces las milicias de la policía surgen como un discurso de defensa, como una posibilidad de producir orden en los territorios más pobres. Los policías vivían en estos territorios, y argumentaban que querían evitar la llegada de las bandas de tráfico a sus barrios. Había legitimidad en estos discursos.

Al comienzo de las milicias en el año 2000, los políticos daban apoyo a estos grupos porque eran vistos como grupos de autodefensa, con participación de la policía. Había una especie de credibilidad y un sentimiento de seguridad territorial. Entonces fueron expandiéndose y comenzaron a dominar diversos territorios. Para sustentarse, cobraron dinero a la población haciéndose con los servicios. Posteriormente pasaron a dominar la venta de drogas aliándose con el narcotráfico.

En Río de Janeiro, 50% del territorio está controlado por milicias. Otro 25% es controlado por el narcotráfico, Adriano Magalhães da Nóbrega era un policía importante que participaba de las fuerzas especiales de policía de Río, de brigada de operaciones especiales. Entre 2004 y 2005, lo apresaron. Jair Bolsonaro era congresista en aquel momento y pidió su absolución, argumentando que era un héroe por haber matado a un narcotraficante. En Brasil, la idea de que la violencia puede producir orden tiene mucho arraigo. Bolsonaro se valió de este discurso de guerra para impulsar su campaña electoral. Después de la prisión, Magalhães da Nóbrega se dedicó al crimen porque no tenía futuro dentro de la policía; es así como se convirtió en uno de los mayores criminales de Brasil.

Además de tener aliados en el mundo del juego clandestino, tenía un escritorio de sicariatos y asesinaba por encomiendas a los enemigos de las mafias en los juegos. Además, tenía alianzas con numerosas milicias. Se sospecha que fue uno de los organizadores del asesinato de la concejal de izquierda Marielle Franco.

Además, trabajaba en el escritorio político de Jair Bolsonaro y de su hijo, ayudándolos a dividir el dinero del escritorio político para enviarlo a sus familiares. Fue muerto en 2019 con todas estas sospechas. El libro se llama *República de milicias* porque, después de la nueva república y los 30 años de democracia, el sistema entró en crisis. Bolsonaro ganó la presidencia de Brasil con un discurso de guerra y violencia contra sus enemigos políticos, que fue clave para construir su autoridad. *República de milicias* explica un nuevo tipo de república que existe actualmente, y que creó a su vez un nuevo tipo de autoridad.

Jon Lee Anderson: Óscar, ¿este tema te resuena algo? Si en Brasil hay unaRepública de *milicias* y en Venezuela una de *pranes*, ¿qué hay en El Salvador?

Óscar Martínez: En El Salvador hay algunas particularidades. Las organizaciones criminales más grandes son las pandillas. La más famosa es la Mara Salvatrucha, que recientemente Donald Trump hizo célebre tras los asesinatos en Long Island, usándola como caballo de batalla para subirse al ring con un enemigo al que evidentemente iba a derrotar.

Pero, ¿cuáles son las particularidades de las pandillas en El Salvador? Primero, describo en números qué son. Somos un país bien chiquito, de 21.000 mil metros cuadrados. Si en El Salvador corres muy rápido, te sales del país. Somos 6.5 millones de habitantes, tenemos 2.5 en EE.UU. y existen 70.000 pandilleros activos. Así que estamos hablando de un porcentaje alto.

Ahora se vive un momento muy particular en el que no voy a entrar porque tardaría mucho en explicarlo, pero yo te escuchaba a vos cuando hablabas de estos periodos de guerra donde la cuestión política y social tenían todo que ver. Las pandillas son herencia de la guerra civil centroamericana. No una herencia ideológica, sino una herencia de abandono. Durante 12 años, en El Salvador nos matamos de una forma bárbara, con todos los aprendizajes latinoamericanos de la barbarie de Argentina, pasando por las represiones de países sudamericanos y centroamericanos, con un ejército sumamente violento que reprimió a una población que quería un poco más de oxígeno para vivir. Cuando tras 12 años se dieron cuenta de que no iban a lograr matarse los unos a los otros, hicieron acuerdos de paz. Pero fueron acuerdos políticos.

Durante esos 12 años de guerra, decenas de miles, principalmente de jóvenes centroamericanos abandonaron la región para buscar un lugar donde vivir en paz. Y la mayor parte de esa gente llegó al sur de California, en los Estados Unidos, por la facilidad del lenguaje, de la adaptación y la rapidez con la que se conseguía empleo. Se fueron allá buscando la paz de una guerra que en gran medida fue financiada por el gobierno del país al que emigraron.

Pero estos jóvenes llegaron a unos guetos extremadamente violentos. En California había 64 pandillas negras, supremacistas, asiáticas, entre otras. En una especie de reacción alérgica, estos muchachos que habían huido de un país violento se organizaron y así nació la Mara Salvatrucha, como una forma de defenderse del entorno. Buscaban paz, pero como no la encontraron, dijeron: "¿hay que ser violentos? Sabemos hacerlo". Muchos habían sido combatientes con 12 años. Luego, esos jóvenes son deportados a El Salvador justo en los años en que estábamos haciendo los acuerdos de paz, y esa es la inyección más letal que los Estados Unidos nos pudieron meter en el cuerpo centroamericano. Recibimos 4000 pandilleros deportados, cuando en el país no había ni siquiera instituciones públicas.

La segunda particularidad de las pandillas en El Salvador es que, a diferencia de los grupos de los que he escuchado hablar, estas no tienen esencialmente un fin económico. No se hacen ricos. Entras en la pandilla y no recibes un salario. Tiene que ver con algo de identidad cultural: ¿quién soy yo en este mundo? Nadie quiere ser un muchacho, hijo de un campesino pobre, nieto de un campesino pobre, bisnieto de un campesino pobre. Pero en la pandilla, estos muchachos encuentran una forma de renombrarse y de habitar el mundo de una forma distinta. Una forma violenta, asesina, pero en vez de ser Miguel Ángel Tovar puedes ser *El niño de Hollywood*, tener un arma, el respeto de la gente. Y de repente ya no eres una basura, como usualmente has sido toda tu vida. Si no te dejan espacio para ser alguien, lo vas a buscar por otras vías. Y es una reacción violenta a intentar habitar en el mundo. Esa gente quería dejar de ser quienes eran, y solo lo encontraron en la peor expresión posible.

Esas son las pandillas. Espero haber explicado más o menos su complejidad.

> **"A los miembros de la agrupación se les pregunta a dónde quieren ir, y viajan como en una especie de comisión de servicios"**

Hay Festival Cartagena: una fiesta para pensar

Los números expresan la dimensión del Hay Festival Cartagena que acaba de concluir en el caribe colombiano, los últimos días de enero. 180 invitados, 40.000 asistentes, 140.000 visionados digitales, un millón de usuarios que siguieron los encuentros desde diferentes esquinas de América Latina. Una celebración del pensamiento. Cinco premios Nobel, algunos de los mejores novelistas del mundo, poetas, economistas, músicos, científicos, activistas, periodistas, filósofos y artistas, sorprendieron al público con espacios dedicados a pensar y conversar sobre ideas transformadoras. Entre los invitados internacionales destacaron el Premio Nóbel de Literatura 2021, Abdulrazak Gurnah, así como Bernardine Evaristo, primera mujer negra en alzarse con el prestigioso Premio Booker. Narradores como Rachel Cusk, Jean Baptiste del Amo, Giovanna Giordano y Parinoush Saniee, fueron descubiertas por el público que acompañó estas charlas. También autores como Leonardo Padura (Cuba); Lydia Cacho, Brenda Navarro y Yasnaya Elena Aguilar (México), Alia Trabucco (Chile); Olga Montero Rose (Perú) y Mariana Travacio (Argentina), mostraron diferentes realidades del continente latinoamericano. Los retos para la humanidad se discutieron. Tal es el caso de la seguridad alimentaria, con dos exponentes de la mayor relevancia: Dan Saladino y Juan José Borrell. Cristina Romera llamó la atención sobre el impacto de los microplásticos en los mares, Yayo Herrero sobre el cuidado del planeta y el ecofeminismo, y Santiago Beruete sobre la conexión entre la utopía y la jardinería. El premio Nobel de Física, Serge Haroche, habló sobre el papel de la luz para la comprensión del universo, y Richard Firth-Godbehere sobre las emociones en la historia. Dos premios Nobel de Paz, María Ressa y Oleksandra Matviichuk, hablaron sobre la guerra y la barbarie. La actualidad de la reciente guerra de Ucrania fue cubierta también en la serie Hay Festival Lviv Book Forum, con la participación de la artista y escritora Victoria Amelina y el escritor, novelista y ensayista Andréi Kurkov. Hubo charlas sobre periodismo. Se destacaron la española Esther Paniagua, especializada en temas de ciencia y tecnología, así como Óscar Martínez (El Salvador), Emma Graham Harrison (Reino Unido), Jon Lee Anderson (Estados Unidos), Ronna Rísquez (Venezuela), Bruno Paes Manso (Brasil) y Patricia Nieto (Colombia), quienes conversaron sobre la importancia del periodismo para investigar problemas aún sin solución en América Latina.

JON LEE ANDERSON, ÓSCAR MARTÍNEZ, RONNA RÍSQUEZ Y BRUNO PAES MANSO, HAY FESTIVAL CARTAGENA 2023

VOLVER A CUÁNDO >> PREMIO NOVELA CAFÉ GIJÓN 2022

Entrevista a María Elena Morán

Comunicadora social, guionista y escritora, María Elena Morán (Venezuela, 1985), es autora de *Volver a cuándo* (Editorial Siruela, España, 2023), novela que obtuvo el Premio Novela Café Gijón 2022. Está residenciada en São Paulo, Brasil

MARÍA ELENA MORÁN / ©LISBETH SALAS

NELSON RIVERA

Quiero pedirle que comente la lengua de *Volver a cuándo*. Es destacada la presencia del habla zuliana. ¿"El zuliano" es su lengua materna? ¿Se planteó usar un español de menor tonalidad zuliana?

Yo nací en Maracaibo, al igual que mis personajes, entonces el hablar zuliano es mi hablar. Desde el comienzo quise usar el maracucho por varios motivos. El primero es que me parece hermoso, rico, musical, y es una pena que haya poca presencia suya en nuestra literatura, mientras que otros voseos de Latinoamérica aparecen con frecuencia en las literaturas de sus países. Quise esa belleza y ese valor. Creo que tenemos, en Maracaibo, una cierta sensación de que hablar así es hablar "peor", estableciendo inclusive una relación de clase en el uso: cuando vas a hablar bonito, elegante, cambias de registro, dejas el "vos" y comienzas a hablar de "tú", yo misma lo estoy haciendo en este exacto momento.

Y el segundo motivo es la verosimilitud. El uso de la lengua, tanto en lo regional como en el idiolecto, es un rasgo de personalidad importantísimo, eso es más que obvio. Mis personajes son de Maracaibo, clase baja, gente que se siente parte del pueblo y a la que le gusta ese sentimiento. Bajo ningún concepto esos personajes, si fueran personas reales, hablarían de otra forma. Como escritora, para mí, esto es fundamental, por eso en ningún momento me planteé usar el castellano convencional. Domesticar el maracucho, que es lo natural en estos personajes, sería autoritario y arbitrario de mi parte.

¿Cómo determinó usted la estructura de la novela? ¿La diseñó previamente o se fue produciendo a medida que avanzaba?

Creo que primero debo decir que *Volver a cuándo* es mi tesis de doctorado en Escritura Creativa en la PUCRS, en Porto Alegre, junto con un ensayo en el que discurrí sobre las estrategias narrativas de la empatía. El trabajo en paralelo entre la teoría y la escritura, en el que ambas se retroalimentaban, me llevó a tomar decisiones como el uso de la polifonía, la segunda persona y esa estructura de carrera de relevo entre los narradores, todo en función del juego empático que quería proponerle al lector.

Dicho esto, creo que queda claro que hubo mucho de planificación. Habría sido muy complicado hacer ese juego de narradores sin pensar muy bien cada paso, y a mí, la verdad, me divierte muchísimo planear líneas narrativas, amo hacer esquemas y escaletas y jugar moviendo escenas para un lado y para el otro, ver qué pasa con cada cambio, qué efectos genera contar qué en qué momento y desde cuál punto de vista.

Sin embargo, esa planificación es muy maleable y se refiere más al qué y no tanto al cómo, entonces dejo también mucho espacio para dejarme fluir en el lenguaje, en descubrir nuevas capas de los personajes e, inclusive, nuevos caminos posibles. De hecho, en este proyecto, hasta último momento muchas cosas estaban en veremos, inclusive el final, al que fueron llevándome los personajes (o mi conocimiento sobre ellos).

Usted vive en Brasil. ¿Cuándo salió de Venezuela? ¿Podría hablarnos de lo que ha dejó atrás? En la novela se perciben ráfagas de nostalgia por Maracaibo.

Salí de Venezuela en 2009, para estudiar guion cinematográfico en la EICTV, en Cuba. Estando allá, me enamoré de un brasileño y al finalizar el curso, en 2012, decidimos irnos juntos para Brasil. Para ese entonces ya Venezuela daba señales de lo que vendría. Maracaibo es una ciudad que se ama y se odia. Maracaibo es una pregunta. Es acogedora y hostil al mismo tiempo y eso me cautiva mucho, porque no la entiendo. Es como un animal herido al que uno quiere cuidar, pero tiene miedo de acercar la mano. Creo que, a partir de mis diecisiete, cuando entré a la universidad, comencé a explorar dimensiones de esa ciudad que realmente no conocía y nos hicimos amigas. Estuve en Maracaibo en 2019, mientras escribía, y aunque estaba al tanto de todo lo que estaba ocurriendo, verlo con mis propios ojos fue un impacto muy grande. Encontrar a mi ciudad tan maltrecha me arrugó el alma. Por eso la nostalgia.

¿Qué ha cambiado en su vida como escritora, ahora que vive en Brasil?

La verdad es que yo solo he sido escritora en Brasil. Siempre quise serlo, pero no me atrevía a asumirlo, entonces en mi vida en Venezuela me acerqué a la literatura por los bordes, como que tanteando. Primero fue el periodismo, después el cine. Fue solo en Brasil, con la excusa de mejorar mi portugués, que me animé a participar en talleres de escritura literaria y ahí sí que no hubo vuelta atrás.

Yo no sé cómo sería ser escritora en Venezuela, puedo intuir caminos, opciones, pero somos tan moldeados por el contexto y las oportunidades que él ofrece, que es imposible asegurar cualquier escenario. Estoy condenada a ser una escritora venezolana naturalizada brasileña que escribe en español y en portugués, una con acento en el habla y en el texto en ambas lenguas, y eso, que antes me molestaba un poco, hoy se ha transformado en una marca de estilo.

Cuenta *Volver a cuándo* un ataque xenófobo a migrantes venezolanos en Brasil. Quisiera conocer su perspectiva al respecto. ¿Los episodios que se han producido son aislados? ¿O hay una reacción más estructural ante la numerosa presencia venezolana?

En Brasil, como en toda Latinoamérica, hay una desigualdad social y un racismo estructurales y eso repercute también en la recepción a los inmigrantes. Se escucha mucho aquel cuestionamiento antiguo e internacional sobre cómo ayudar a otros si los propios están tan mal. Ese, además de ser un argumento reduccionista y cómodo, es infértil, pues los problemas migratorios ya están ahí, instalados en las fronteras y son problemas con nombres y apellidos e historias, son personas en estado de vulnerabilidad, muchas veces extrema, a quienes no podemos simplemente ignorar, ni como ciudadanos ni como Estado.

Los episodios de ataques xenofóbicos como ese que relato en el libro (basado en el ataque al campamento en Roraima), son aislados. Hay historias horribles que van desde exclusión hasta trabajo análogo a la esclavitud –nada que ocurra exclusivamente en Brasil–, pero también hay muchas historias de solidaridad, de acogida, de oportunidad. No quiero sonar *comeflor*, pero creo que es importante también hablar de esas historias, de las muchas Giulias y Sandras, personajes de la novela, que andan por ahí.

Tampoco se puede decir que Brasil, institucionalmente, sea un país que persigue a los inmigrantes. Por el contrario, aunque con mucha lucha de los diferentes actores políticos involucrados, Brasil se ha transformado en uno de los países donde mayor y más rápido acceso tienen los inmigrantes venezolanos a la legalización y al trabajo formal y eso, sabemos, es el comienzo de la posibilidad de una vida digna.

En la novela hay un trasfondo, que se expresa en varios planos: la pérdida. La familia protagonista se rompe, se pierde a sí misma. En sus desplazamientos pierden sus bienes, pierden el país, pierden la confianza en la política y las instituciones. ¿La venezolana es una sociedad en la que predominan las pérdidas?

La pérdida surgió como factor común en los diferentes niveles de la novela (pareja, familia, ciudad, país) porque era lo que me (nos) circundaba de una forma apabullante en el momento, el tema del que no lograba salir y al que necesitaba exorcizar. Yo, como persona, sentía que había perdido demasiado en un período demasiado corto de tiempo, y eso permeó, claro, quien soy como autora.

Sin embargo, creo que sería injusto

hablar de una forma tan amplia, no me gustan las generalizaciones. Este es un período de nuestra historia totalmente atípico, pero que ya dura mucho y dejará una huella indeleble en lo que somos. Siempre que hablo de esto, recuerdo una frase de Dovlátov, en *Oficio*, que dice: "Todo lo que nos pasó es la patria. Todo lo que pasó quedará para siempre". En ese todo caben mucho más que pérdidas, aunque por momentos sea difícil ver más allá de los huecos que van quedando.

Un personaje de su novela rechaza la compasión que desata la situación en que se encuentra. ¿El deseo de identificarse con las víctimas le resulta ilegítimo? ¿Son legítimas las expectativas de las víctimas, cuando aspiran a encontrar ayuda?

Las expectativas que tienen las víctimas de recibir ayuda no solo son legítimas, son también necesarias, a mi modo de ver, para tener algo de confianza en el ser humano y no entregarse al sentimiento del absurdo en medio de tantas crisis. Ariano Suassuna, el escritor brasileño, decía: "El optimista es un bobo. El pesimista, un fastidioso. Lo bueno es ser un realista esperanzado". Yo voy por la tercera opción, o eso intento todos los días.

Creo que es preciso pensar y sentir que, dentro de todos los fracasos como país, como continente, como planeta, hay brechas por donde entra la posibilidad y muchas veces la posibilidad necesita de voluntades ajenas para realizarse, y esas voluntades se construyen en la base de la empatía. La situación en que alguien se encuentra en una situación de vulnerabilidad y otra persona, en capacidad de ayudar, va y lo hace, me parece uno de los momentos luminosos de la humanidad.

Pero, como escritora, tal vez me interesan más las zonas ocultas de esa ecuación. Nadie es completamente víctima y ayudar casi nunca es tan altruista como queremos pensar –basta pensar en el propio concepto de caridad: haz el bien y a cambio tendrás la vida eterna.

Si Nina, mi personaje, no tuviera esa resistencia a recibir ayuda, esa autosuficiencia que ha alimentado toda la vida y que de repente le es arrancada, todo para ella sería más "fácil" y el drama se desinflaría un tanto porque estaría basado en el conflicto externo, que es contextual, y no con las luchas internas del personaje, es decir, con cómo sus características nucleares la habilitan o la inhabilitan para enfrentar las dificultades de la trama. Ella es, sin duda, una víctima de las circunstancias, pero es una víctima que se niega a aceptar ese lugar, a conformarse con él. Eso, dramatúrgicamente, es mucho más interesante.

***Volver a cuándo* expresa un desencanto político profundo. ¿Podría hablarnos de su desencanto?**

La revolución comenzó en mi adolescencia y lo que podemos llamar "el auge" coincidió con mi fase universitaria. Eso no es un dato menor. Yo me quería comer el mundo y, de lo alto de mi arrogancia juvenil, creía que tenía las respuestas y que la posibilidad de un mundo más justo estaba ahí, tan cerca, tan en proceso, que entré de lleno en la promesa, con todo lo que ya tenía de problemático su mesianismo y su todo o nada.

Luego, entre el pasar del tiempo, la radicalización en Venezuela, vivir en Cuba y venirme a Brasil, comencé a tener una distancia crítica y a sentirme defraudada, al mismo tiempo que culpable por haber aceptado y apoyado que ciertos límites, saludables y necesarios para la democracia, fueran pasados.

En estos días encontré entre mis anotaciones una especie de declaración de principios de la novela, en la que decía que quería escribir una novela de izquierda que le doliera a la izquierda. Yo no recordaba haber escrito eso, pero creo que fue exactamente eso lo que hice, y ya veremos qué se hace con ese dolor. Creo en una izquierda democrática y eso pasa, necesariamente, entre otras cosas, por el respeto a la diversidad en todos los ámbitos, el debate de ideas y el respeto al otro, por ver a los adversarios políticos como eso, adversarios, y no como enemigos a quienes es necesario erradicar. No hay nada más peligroso para la democracia que la unanimidad. EN

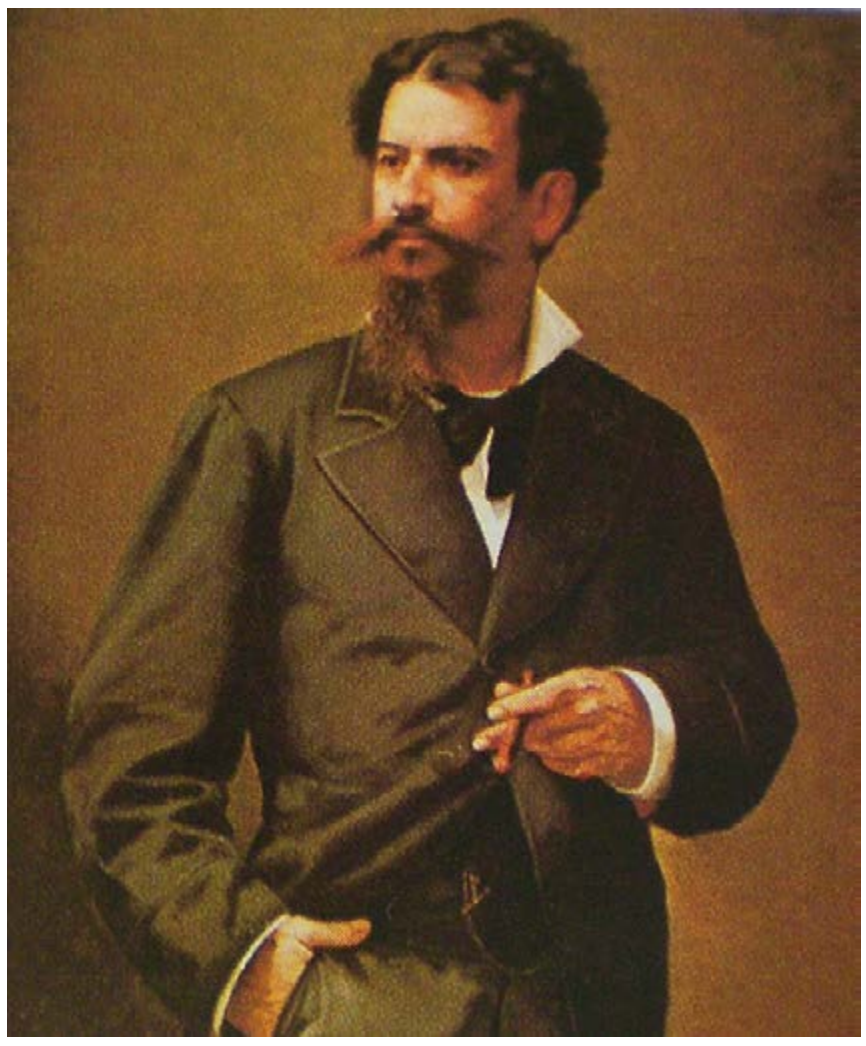
**Volver a cuándo.* María Elena Morán. Ediciones Siruela. España, 2023.

ENSAYO >> NOVELA DE EDUARDO BLANCO

Zárate: La construcción de espacios ciudadanos

Eduardo Blanco (1838-1912) fue militar, político, historiador, narrador, dramaturgo y biógrafo. Miembro fundador de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Academia Nacional de Historia. Durante casi dos años fue ministro de Relaciones Exteriores (1900-1901) y de Instrucción Pública (1903-1904). También fue edecán del general José Antonio Páez

FRANCISCO JOSÉ BOLET



EDUARDO BLANCO – ANTONIO HERRERA TORO / GALERÍA DE ARTE NACIONAL

De Venezuela heroica a *Zárate*

El siglo XIX estuvo signado en Venezuela por la búsqueda de modelos con los cuales construir el Estado-nación. Políticos, intelectuales, escritores, pintores, poetas, científicos, participaron a todo lo largo de la centuria decimonónica, desde diversas perspectivas y posicionamientos ideológicos, en esa gran travesía intelectual que significó imaginar la república. En ese marco, la publicación en 1882 de una novela como *Zárate*, escrita en plena etapa de avanzada del proyecto liberal guzmancista, por un letrado conservador "descendiente de ilustres familias" (Seijas, 1986, p. 91), como lo fue Eduardo Blanco, quien escasamente un año antes, en 1881, había publicado "con el clima sublime de la epopeya" (p. 92) un libro de la trascendencia de *Venezuela heroica*, es un hecho que a mi juicio no puede pasar desapercibido, si se toman en cuenta el peso que el autor y su obra tienen en el proceso de construcción del imaginario fundacional de la patria en el siglo XIX. Esto es, si *Venezuela heroica* funda en 1881 en la gesta heroica el nacimiento de la patria, *Zárate*, ordena, desde el pensamiento conservador, el espacio privado de la ciudadanía.

Zárate no ha tenido igual trascendencia ni significación que *Venezuela heroica*. Por ejemplo, de *Venezuela heroica* se hicieron seis ediciones en vida del autor, y según afirma Felipe Tejera (1973, p. 358) su primera edición constó de "dos mil ejemplares" que se agotaron "en el curso de pocos días". De *Zárate* solo se hizo una edición cuando se publicó en 1882, y no se volvió a reeditar sino en Buenos Aires en 1954. No obstante, en las últimas décadas esta novela ha recibido una merecida atención de estudiosos de la literatura venezolana. Más allá de su valor literario, su importancia también descansa en que la novela, mediante una trama finisecular propone una ciudadanía centrada en la hacienda, en el campo y en las virtudes y formas de vida de la sociedad patricia, frente a los "trascendentales cambiamientos" (p. 112) y pérdida de valores que para los sectores conservadores significaban la mascarada de la modernización y el progreso de fines de siglo XIX. A 140 años de su publicación, vale la pena releer y discutir sobre esta importante novela venezolana. A continuación, presento brevemente mi lectura.

Viejas preocupaciones

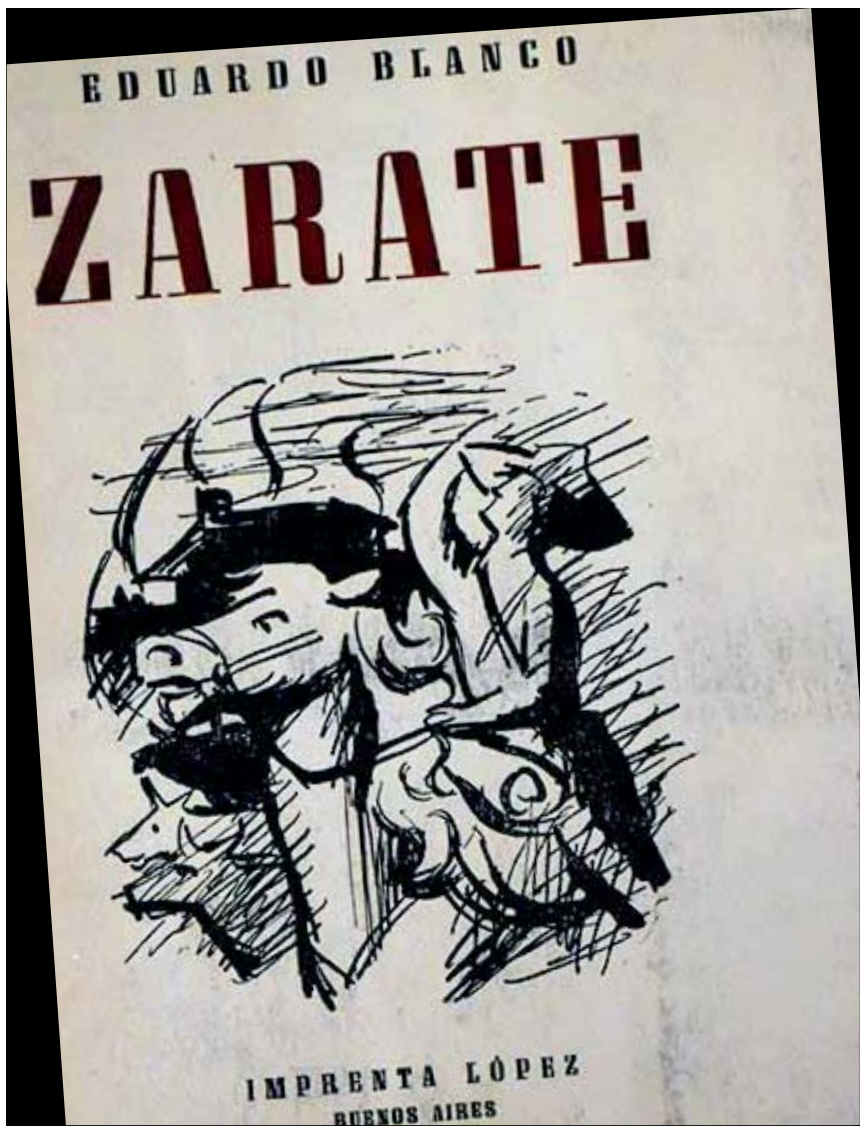
El discurso narrativo de *Zárate*, condimentado con breves, pero *orientadores* comentarios acerca de la historia y formación de la nación, se desarrolla estableciendo un puente entre el período de la emancipación, entendido como una etapa fundacional, pero bárbara al mismo tiempo, y "la vida semipatriarcal que largamente llevaran nuestros padres", esta última representada como un lugar donde, gracias a las "buenas costumbres y los sanos principios de la mayoría del país", se restablecerían la paz y la civilidad: "como sucedió luego" (p. 50). La imagen de la Guerra de Independencia en la novela es naturalmente bifronte. Por un lado, la guerra crea y territorializa la patria, reordena los imaginarios y funda otros nuevos, asociados al heroísmo y al sacrificio, de los cuales finalmente surge esa patria "que se irguió bautizada con sangre" (Blanco, 1982, p. 20). En este sentido, "la revolución había (...) creado a la nación, independiente y libre". Pero, de otro lado, como nos explica el narrador en forma didáctica, la guerra había sido "terriblemente cruel y desastrosa, desordenada a las veces, frenética, iracunda, llena de altos y bajos, (...) [donde no hay fin para] el cruento sacrificio, la exaltación de las pasiones, el estrago, la violencia y el vértigo que a todos arrastraba, nivelando clases y condiciones con el duro rasero de la necesidad, la desgracia y la muerte" (p. 112).

La dualidad que se escenifica en las páginas iniciales de *Zárate* se plantea en el sentido de que los valores del ciudadano y el ordenamiento privado que debe seguir la nación, una vez superada la guerra y pacificado el país, son los del mundo patriarcal como espacio de orden y estabilidad, y no "esa manera nueva de ser y de existir" (p. 112) en la que imperan la mentira y el arribismo. En el capítulo "Viejas preocupaciones", ya a la mitad de la novela, en un tono pedagógico, casi paternal, el narrador se encarga de ubicamos en el centro de sus ya viejas preocupaciones, como previendo quizás que el lector en un rasgo de ingenuidad no haya podido entender el juego de máscaras y dualidades que hay en la novela:

"Si radical, en lo político, fue la transformación de Venezuela al separarse de la madre patria, pocas alteraciones en lo privado de sus tradicionales costumbres sufrieron los pueblos americanos de origen español (...). La revolución (...) surcos profundos había aplanado en lo social de la vida pública y en las instituciones que practicaban los nuevos ciudadanos; del polvo había levantado y puesto en alto personalidades hasta entonces anónimas, y creado a la nación, independiente y libre, manera nueva de ser y de existir" (p. 112).

Como nos sugiere la cita, aunque las transformaciones políticas fueron radicales, las tradiciones y los valores de la vida privada heredadas del coloniaje habían sufrido "pocas alteraciones". De modo que el espacio doméstico, ese "santuario del hogar", había logrado preservar "las preeminencias sustentadas por tres siglos de perdurable estabilidad" (p. 112). En este sentido el territorio y la esencia de la vida privada tradicional no son el problema esencial de nuestro narrador; en virtud de ello, tratará más bien de exaltarlos, de idealizarlos y de representarlos en la arcádica hacienda "El Torreón". Lo que para él y los sectores más apegados a la tradición sí representa una (para 1882) ya vieja preocupación son los cambios sufridos en la vida pública, en la esfera de la política; son también esos nuevos ciudadanos, quizá doctores, al estilo del oscuro y sinuoso Bustillón, nacidos sin "alcurnia nobiliaria" y cuyo nombre no posee "ningún valimiento"; son, además, por si fuera poco, esas personalidades, acaso como Páez, "hasta entonces anónimas", encumbradas por la guerra o por la democratización modernizadora. Es en definitiva esa "manera nueva de ser y de existir", la que al narrador le resulta más peligrosa incluso que el mismo bandolero Zárate, porque atenta contra las estructuras de la sociedad tradicional venezolana. El trabajo ideológico y literario del narrador consistirá, entonces, en reordenar esos espacios y restituir el orden tradicional, trastocado por la modernización de fines del siglo XIX.

> **"La idea del retorno supone recuperar (...) el espacio jerárquico de lo privado"**



Retornar a los antiguos hábitos

La construcción de la ciudadanía comienza entonces por la recuperación de los espacios públicos o privados invadidos por las nuevas subjetividades. A este particular, las nociones de restituir, restablecer, reordenar la patria, acompañadas de la idea de que es necesario pacificar el país, son fundamentales para comprender el trabajo *civilizatorio* que simbólicamente emprende la novela. Estas ideas subyacen en los personajes asociados al patriciado. Por ejemplo, el capitán Delamar nos dice que retornó "cuando la muerte de mi padre y mi escasa fortuna me obligaron a volver a la patria" (p. 15); una vez allí, se incorpora a los ejércitos patriotas y posteriormente se dedica a la caza de bandidos y salteadores. A su tío Don Carlos Delamar, "la muerte de su esposa, a quien idolatraba, y el creciente menoscabo de su fortuna, le hicieron retornar a la patria..." con el fin de "levantar de la ruina a sus abandonados intereses" (p. 50). Del mismo modo, al artista Lastenio de Sanfidel, una vez de regreso junto con su amigo el capitán Delamar, le corresponderá restituir mediante el arte el orden de los símbolos. En este sentido, retornar al hogar, a los predios y dominios de la hacienda, después de la guerra, conlleva un proceso de recuperación y reorganización de la patria:

"Con los primeros albores de la paz, nuestro pueblo tornó a los antiguos hábitos de respeto a la ley, a la virtud, al mérito y al derecho ajeno, y olvidado del desenfreno de aquellos días de sangre y turbulencias en que esgrimiera como tajante espada su fuerza material y sus pasiones desbordadas, recuperó el tesoro de las sanas costumbres, que fuera de sospechar perdiera para siempre tras la viciada libertad del campamento..."(p. 112).

Esta idílica restauración de la virtud, la ley y el orden, es vista como una tarea de la sociedad toda. Así, mientras "nuestros hombres eminentes" se entregarían a la tarea intelectual de diseñar "la reorganización del país", "los ciudadanos todos (se dedicarían) a recuperar por medio del trabajo el bienestar perdido" (p. 18). La idea del retorno supone recuperar la subjetividad, y restablecer en ella el espacio jerárquico de lo privado, representación de la república. Así, en este discurso a dos niveles, lo "personal" equivale a lo "nacional". Dicho de otro modo, restituir la civilidad y las subjetividades implica recuperar la nación de los estragos de la guerra y de los cambios sociales que imponía la modernización.

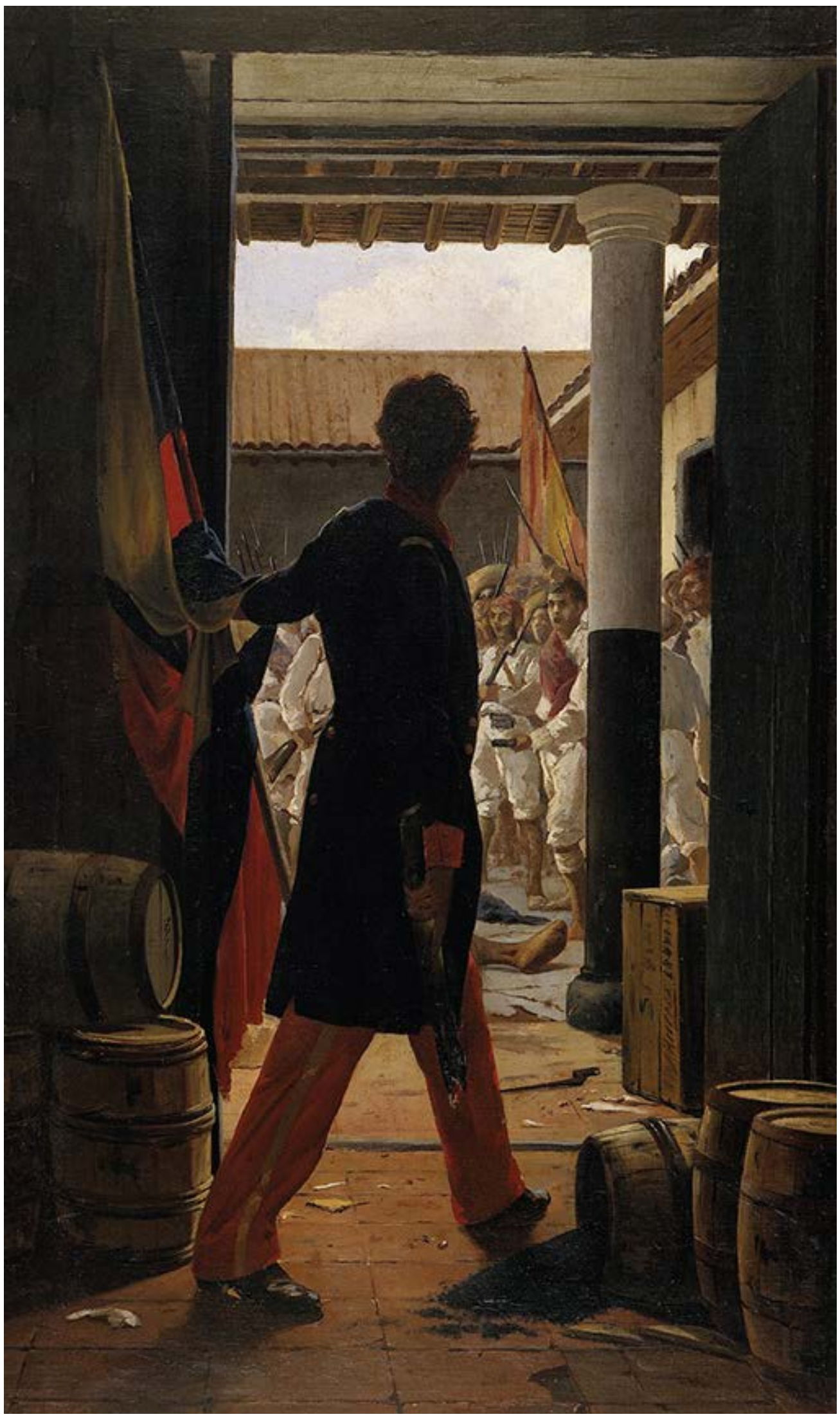
La construcción de los espacios ciudadanos

Para fundar el orden sobre el que se ha de construir el espacio ciudadano había entonces primero que pacificar al país, desarmar, desmovilizar y disciplinar sectores de la población que, como Santos Zárate, habían hecho de la violencia y el bandolerismo, una forma de vida. En primera instancia se trataría de librar los caminos y bosques de las cuadrillas de malhechores que entorpecen el libre tránsito de la ciudadanía. La tarea de "extirpar de raíz el bandolerismo que afligía a la comarca" (p. 20) queda en principio a cargo de las armas de los campo-volante y de los sesenta granaderos que comanda el capitán Delamar.

Sin embargo y a pesar de ser este un "mal transitorio", ante la incapacidad de la ley y de las armas para someter al bárbaro e imponer el orden, la labor de estabilización le es encomendada, de una parte, al elemento religioso de la novela, representado en la persona de don Carlos, quien propone que se le redima, que se le eduque, ya que, como dice, "si la sociedad los castiga con la muerte es porque aún no estamos bastante adelantados para imponerles un castigo menos absurdo, que, sin privarles de la vida, los regenere y purifique" (p. 59). De otra parte, esa labor también le corresponde a la figura autoridad del guerrero, también pacificado, convertido en político. Hacerse hombre de bien es la condición que Páez le exige al bandolero Santos Zárate a cambio de perdonarle la vida. De algún modo, estas figuras logran su cometido y el bandolero, ya disciplinado, termina por incorporarse al espacio y al discurso civilizador de la novela, aunque ello le costará la vida al intervenir en una disputa ajena.

(Continúa en la página 5)

Zárate: La construcción de espacios ciudadanos



RICAURTE EN SAN MATEO (1883) — ANTONIO HERRERA TORO / GALERÍA DE ARTE NACIONAL

(Viene de la página 4)

Tenemos hasta ahora que pacificar la nación es una exigencia y una condición de la vida civil. Es, en rigor, dar paso a la racionalidad y a los entornos afectivos del hogar y la familia, ámbitos donde se educa y cultiva la civilidad. En Santos Zárate su carencia de hogar familiar aumenta su "nomadismo", lo cual favorece sus actividades vandálicas. La familia, como elemento distintivo de la unidad y el orden de las estancias patricias significa estabilidad, socialización, laboriosidad, educación y, sobre todo, ámbito disciplinante y jerarquizador de las subjetividades e identidades sociales. En conversación con Lastenio, a propósito de la carrera militar de Delamar en la caza de bandidos, don Carlos dice lo siguiente: "Hay que probarle [al capitán Delamar] que mientras él se entrega a tan salvajes correrías, nosotros como gente culta ocupamos el tiempo en faenas artísticas y civilizados placeres" (p. 140). La disciplina de las subjetividades permitiría redefinir las relaciones y roles de los individuos en la familia, pero también en la sociedad civil y el Estado, al otorgarle a cada quien su específico y diferenciado lugar. Como aclara el mismo don Carlos: "el país tiene que entrar en un orden de cosas muy diverso del que hemos tenido hasta el presente" (p. 139).

Tal como la novela lo propone, uno de los prerrequisitos para reponer la civilidad perdida consiste en el control de los instintos y de los intereses personales en función de un proyecto "unificador", pero al mismo tiempo distribuidor de espacios. Una marca que identifica al "otro" es precisamente su no incorporación, en la categoría de subalterno, a esos recintos de la identidad tradicional. De aquí que haya que "pacificarlos", mantenerlos al margen, en los espacios que les "corresponden". El modelo de ese espacio será la jerarquización y el rígido ordenamiento que se vive al interior de la estancia patricia. Aquí, pacificar significa también disciplinar al otro, educar sus emociones, reprimir sus instintos, domesticar sus pasiones, como si se tratase de trasladar al ámbito de lo público, las prácticas de disciplina que se practican al interior del hogar.

A las acciones de pacificar, domesticar y reordenar la vida pública subyace una idea de sociedad que en el contexto de la novela se instaura a partir del *idilio* y el *matrimonio* entre el militar Horacio Delamar y su prima Aurora, la "bella castellana", hija del patricio don Carlos. Ese matrimonio lo tramó don Carlos en compañía de Lastenio de Sanfidel para apartar al capitán "de esa malaventurada profesión a que se ha dedicado" (p. 138), porque "no es la espada, no señor, ni las descabelladas ambiciones de nuestros militares, lo que en lo sucesivo puede afianzar y hacer efectiva la práctica de las instituciones que nos rigen" (p. 139). En el plano de lo simbólico, la legitimidad de origen social y familiar que asiste a la unión entre Horacio y Aurora metaforiza para el imaginario, en el marco ideológico del narrador, la unidad nacional fundada en la clase terrateniente. Ello, además de que le proporciona continuidad a la fortuna de los Delamar, proyecta una concepción señorial de la sociedad, inseparable de la posesión de la tierra.

Familia, hacienda y nación

Siguiendo esta lectura de la novela, podemos decir que *Zárate* promueve un sistema de orden público y privado centrado en la hacienda patricia como modelo de nación y de ciudadanía. La vida de la ciudad rompía las estructuras jerárquicas de la cultura tradicional. Lo urbano y la modernización son vistos como espacios disruptivos de ese orden y como lugares distintivos del burgués. Mirado desde el campo, a las ciudades solo se asiste provisionalmente, con el propósito de "...arreglar algunos asuntos" (p. 60), pues cumplen esencialmente una función "proveedora" del comercio. Se va a la ciudad, pero se regresa al campo, eje del pasado y desde donde se dictan las referencias culturales. Lo urbano no pertenece a la cultura que se afirma en el discurso literario de *Zárate*. Por ello la hacienda, ese "santuario del hogar" patricio, trasunta la imagen de la patria y el modelo a partir del cual puede restablecerse el orden social y doméstico.

De acuerdo con esto, en *Zárate* la hacienda simboliza el espacio de la nación. Como esta, aquella es también un lugar fijo y de fronteras demarcadas donde tienen vigencia la ley, la autoridad patriarcal y el orden doméstico como modelos desde los cuales se cultivan relaciones jerárquicas, y no el relajamiento social de la modernidad. La hacienda es el *axis mundi* de la familia patriarcal. Sus fronteras interiores demarcan el orden y la virtud: un modelo idealizado de la nación. En la hacienda de los Delamar confluyen, casi en armonía, el jurisconsulto Bustillón, y Oliveros, el comerciante de ganados; el militar Horacio Delamar, su prima Aurora y su amigo el artista Lastenio de Sanfidel, el patricio don Carlos, la familia y la servidumbre; también el párroco, el juez, la mestiza Clavellina, gente de pueblo, esclavos: un universo social diverso, pero jerarquizado, es decir, controlado. Más allá de sus límites está el desorden: la selva de Güere, la inseguridad de los caminos, las "vandálicas proezas" de Zárate, la inestabilidad social, el bullicio de las ciudades, la democratización y los dominios mal habidos de sujetos sociales como el arribista Bustillón.

A diferencia de lo que ocurre en los lugares públicos de las ciudades, los resabios aristocráticos de la hacienda le marcan límites a la voluntad conciliadora encerrando en categorías identitarias el trato social y su alter ego, la palabra hablada. Veamos algunos ejemplos. Cuando don Antonio Monteoscuro va a la casa de los Delamar a dar "un aviso oportuno", dice el narrador que "*cuantas personas se hallaban* a la sazón en el taller corrieron a encontrarle..." (p. 146). La escena no evidencia límites a las conductas, no fija pautas ni prescribe categorías. Pudiera pensarse que todos son iguales. Sin embargo, cuando la familiaridad crece, aparecen en la hacienda "El Torreón" algunas zonas conflictivas de la identidad. Una de estas es la lengua. El uso de la palabra demanda un lugar privilegiado de enunciación. El narrador, quien conoce y comparte los códigos de autoridad de la aristocracia patricia del siglo XIX en Venezuela, es quien se encarga de hacer ver al lector esas diferencias no siempre evidentes: "—Es decir, que nada saben ustedes. / —¡Nada! —*contestaron aquellos que entre los circunstantes tenían derecho a replicar* (p. 147. Cursivas nuestras).

En los territorios de la estancia de los Delamar, el uso restringido de la lengua desplaza la comunicación oral hacia el cuerpo, los gestos, el juego de las miradas o los rugidos. Cuando Oliveros habla, "(...) *sus palabras* [adquieren] *la más humilde entonación*" para, enseguida, volver "*a enmudecer y a inclinar la cabeza*" (p. 66). Pero no solamente la lengua es objeto de control social; también lo son las costumbres cotidianas según las identidades. Nuevamente el narrador, en su habitual simpatía hacia el mundo de la élite rural, es quien se encarga de hacer visibles los lugares de la identidad. Sentado a la mesa de la "noble familia", Oliveros, el llanero domesticado que promueve el ideario conservador de la novela, "*adopta el amaneramiento zurdo y afectado de las personas no acostumbradas a encontrarse en compañía de individuos de una educación superior*" (p. 59. Cursivas nuestras).

Estos comportamientos fijan el lugar del otro subalterno. Y esto es importante porque ello representa un espacio específico en el trato social y en el reordenamiento económico. Mitad salvaje, mitad disciplinado, el llanero que se acepta es el que tiene el rostro de Oliveros (recordemos que se trata del mismo Santos Zárate, camuflado como comerciante de ganados). Este personaje, integrado, laborioso y pacífico tiene un lugar propio en el sistema productivo: es "comerciante de ganados". Por esta razón Oliveros, a diferencia de su "otro" rostro, puede ir a la ciudad, "transitar libremente" por la vía pública y volver al campo, donde deberá permanecer en virtud a su actividad económica. El llanero que debe desaparecer, o al menos ser regenerado, es el bandolero; el lado cruel, salvaje e indisciplinado. Santos Zárate es esa parte oscura de la nación todavía entregada a los instintos de la barbarie. En un sentido amplio el bandido, aunque "insigne", no es un ciudadano: amenaza la paz y la tranquilidad, desafía las prescripciones que dicta la ley y, por si fuera poco, quizás como una metáfora de su naturaleza, vive en los territorios de la selva de Güere. Hacerlo "hombre de bien", inculcarle principios religiosos y morales, enseñarle buenas costumbres, será una manera de reivindicarlo, lo cual significa no solamente integrarlo a la ciudadanía, sino además hacerlo productivo y manejable por el poder y la sociedad.

Finalmente, la hacienda trasunta un estilo de vida y un territorio de poder. Significa, en el discurso de la novela, un mundo de afirmación de lo patriarcal. Es al mismo tiempo el núcleo formador de la familia tradicional, la cual deviene imagen de cohesión, autoridad, jerarquías y orden. La unidad hacienda-familia-nación, en razón del peso que se le concede a la proyección de sus valores, identidades y estilo de vida, es posible entenderla como la representación simbólica del estado-nación que se erige desde el conservadurismo como contrapunto de la modernización liberal guzmancista y de las formas de vida y pensamiento que le fueron características. La idealización de la hacienda y de su entorno social; la exaltación del pasado tradicional que la acompaña, el efecto imaginario de una realidad rural que emprende la labor civilizadora sobre lo que la ciudad representa, la imagen enaltecida y virtuosa de la vida y las prácticas culturales de la vida y la familia patriarcal en términos de "grata a Dios", poseedora de "prendas morales" de "notoria limpidez" y de "elevada alcurnia", son algunos factores que frente a la modernización, nos ofrecen a fin de siglo XIX, una visión alternativa de la nación y del ciudadano apegada al pasado heredado del coloniaje.

> **"A diferencia de lo que ocurre en los lugares públicos (...) los resabios aristocráticos de la hacienda le marcan límites a la voluntad conciliadora"**

Blanco, E. (1987/1882). *Zárate*. Caracas: Editorial Panapo.

_____ (1982/1881). *Venezuela heroica*. Caracas: Fundación Cadafe.

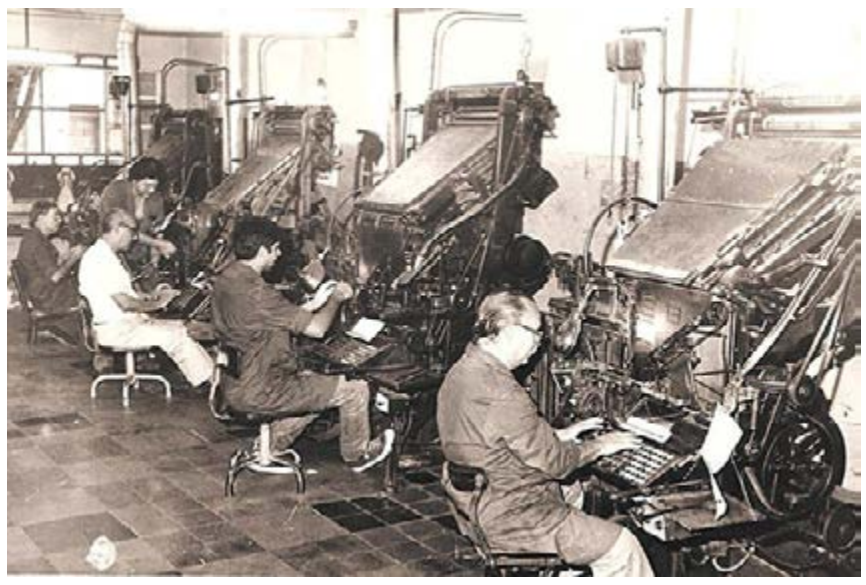
Bolet, F. J. (1996). "La construcción de los espacios ciudadanos en Zárate de Eduardo Blanco". *Revista de Literatura Hispanoamericana*, 32, pp. 55-69.

Díaz Seijas, P. (1986). *Historia y antología de la literatura venezolana*. Tomo 1. Caracas: Ernesto Armitano, editor.

Tejera, F. (1973). *Perfiles venezolanos*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

HISTORIA >> LINOTIPISTAS EN EL SIGLO XX

Notas para una historia de la linotipia en Venezuela (1917 – 1977)



ARCHIVO

"Es un novedoso artefacto para disparar no balas sino ideas, imprimiéndolas en papel periódico. Se trata del linotipo. El aparato, provisto de teclado en colores, crisol y émbolos, mecaniza la composición de textos mediante la fundición a 280 grados centígrados del plomo dispuesto en su vientre de hierro"

GERARDO VIVAS PINEDA

A Alejandro Alfonzo López, periodista, testigo y tutor

Fernando González, engendrado por el obrero canario Manuel González y su esposa Carmen García, nace en la Caracas atemorizada de 1917. Ignora, como es natural en personitas recién desprendidas del vientre materno, la posibilidad de un azar predeterminado. Pero ese año todavía incierto abre la puerta a coincidencias que deciden la posteridad del género humano. La criatura recién parida recibe un guion donde la sangre y el plomo intercambian papeles a discreción. Aquel año visionario y funesto acaecen horrores estrepitosos y milagros inesperados. A 9.000 kilómetros de distancia en el Petrogrado zarista se encona la dictadura protagonizada por un nuevo actor político de nombre excéntrico: *bolchevismo*. A juicio de sus iracundas mentalidades ha llegado el tiempo de modificar la estructura imperial instaurada siglos atrás por un Iván sobrenombrado *El Terrible*. El engaño más mortífero de la historia inicia su andadura de terror para embaucar trabajadores y empobrecer mayoritarias clases medias. Un inédito *Leninismo* apellida la revolución en marcha, pone al día paredones invernales, reproduce campos de concentración congelados, reparte hambrunas para el pueblo llano y asesina a sus propios dirigentes inconformes.

Como si el espanto del nuevo pensamiento único no fuera suficiente –desde 1848 se disfraza de fantasma internacional y trasciende el Rin por el oeste y el Oder por el este–, una primera guerra de resonancia mundial transcurre en la Europa de vecinos mutuamente insoportables. Inesperadamente el mismo Viejo Continente, donde proliferan las atrocidades, presencia un hecho milagroso que obliga a creer o descreer sin términos medios. En el Portugal gobernado por un creciente republicanismo masónico tres pastorcitos pobres dicen haber visto una *Señora luminosa* en apariciones avisadas, reiteradas y compartidas por setenta mil espectadores deslumbrados: el sol encabritado, prueba de la revelación, no les quema los ojos al mirarlo. El astro rey danza y simula caer, pero no cumple su ultimátum. Periodistas ateos atestiguan el portento y lo muestran en las primeras planas de sus rotativos estupefactos. Es el prodigio ofrecido en Cova da Iría por la *Mujer encandilante* pero visible para que crean los descreídos. Junto al milagro mariano se juntan en la despiadada esfera noticiosa novedades insólitas y urgentes que trasmitir. A tono con la profunda religiosidad de los lugareños, la *Dama sacrosanta* encomienda a los niños expectantes avisar al papa y a todos los obispos del planeta el deber de consagrar la Rusia soviética a su corazón maternal carente de manchas y borrones; de lo contrario el comunismo propagará sus errores por el mundo, y próximas y más crueles hostilidades arrojarán brasas espantosas desde el cielo. Como ratificando la sabiduría de la historia desatendida, más de un siglo luego de las visiones repentinas consta sobradamente el horror de esa basura genocida. Muy a pesar del encargo sagrado, la timidez de los papas no obedece el designio inmaculado. Desde entonces se padece la propagación del disparate ideológico y humano, injertado en una sinuosa isla caribeña por un antiguo colegial cristiano reconvertido en pandillero que lo exporta en derredor.

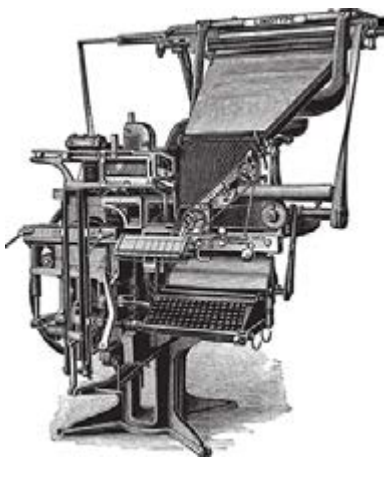
Pólvora en palabras

Si volvemos a la Caracas de 1917, mientras Carmen García arrulla al Fernando recién nacido en la parroquia San José[1], su esposo, Manuel González, difunde las noticias impetuosas sacudiendo la faz de la Tierra, de las que no escapa la Venezuela palúdica y sometida. La dictadura andina le impide usar sus dedos para apretar gatillos, detonar pistolas y disparar plomo en proyectiles de variado calibre. Pero a González no le hace falta recurrir a la pólvora. Sus dedos aprietan un teclado en vez de un disparador. El plomo disponible no ocupa casquillos sino lingotes con estaño y antimonio añadidos que se funden en líneas moldeadas por matrices luego del tecleo apresurado. González no porta su arma en una cartuchera pegada al cinto; no puede, pesa más de dos toneladas. Es un novedoso artefacto para disparar no balas sino ideas, imprimiéndolas en papel periódico. Se trata del linotipo. El aparato, provisto de teclado en colores, crisol y émbolos, mecaniza la composición de textos mediante la fundición a 280 grados centígrados del plomo dispuesto en su vientre de hierro. Artilugio complejo pero eficaz, agiliza la antigua manipulación de tipos móviles individuales de la tipografía tradicional inventada hace cuatro siglos y medio por un afanoso orfebre alemán de Maguncia. El libro impreso, producto de la invención genial, ha transfigurado la comunicación expandiendo bibliotecas y entendimientos. Linotipista de profesión, Manuel González hereda la misión resultante: trabaja en la Imprenta Americana donde editan *El Fonógrafo*, tabloide de ocho páginas que apoya la causa aliada en la guerra intercontinental. El mandamás bigotudo, simpatizante del bando alemán, no soporta la afrenta; cierra el diario y la imprenta, apresa a sus dueños y ahoga la libertad de prensa. González, cauteloso, se cubre de precaución y regresa a la añeja tipografía manual donde la lentitud de las composiciones con tipos móviles, letra por letra y dedo por dedo, no da tiempo para enfrascarse en telégrafos ni teletipos por donde aterrizan las informaciones de la matazón europea. Algún día se agotará la pólvora o se aniquilarán los combatientes, si los tipógrafos no despachan los restos de la escasa paciencia que resguardan en las prensas.

Las noticias adoptan un aroma irresistible, pero al atento González no le queda más remedio que permanecer en la caja de tipos y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Aguarda el crecimiento de su hijo Fernando para sentarlo a tipear el teclado de la libertad linotípica cuando las circunstancias lo dispongan, sin olvidar recientes trompadas al periodismo incipiente, también ejercido en la Venezuela profunda por *El Impulso* de Barquisimeto y *Panorama* en Maracaibo, entre otros. Un Gómez absoluto y rotundo, como su cárcel preferida, clausura el diario *El Pregonero*, pionero en el uso de la linotipia. El gobierno destruye sus linotipos y talleres, y apresa sus directivos en esa *Rotunda* de rigor. No hay opción distinta al *jalamecatismo* oficial. Ese mismo año de 1917 González y sus colegas linotipistas, para no desaparecer entre grillos y amenazas mientras su esposa envuelve en pañales al Fernando inocente, escogen el disimulo estratégico: bajan su perfil público y abundan en frases laudatorias para el mandón. A la chita callando fundan la Asociación de Linotipistas de Venezuela (ALV), entidad precursora del movimiento sindical nacional independiente. Quince años después, en noviembre de 1932, mientras la enfermedad y la paranoia corroen al autócrata, el nuevo sindicato gráfico publica el primer número de su órgano informativo *El Linotipista Venezolano*, tabloide en octavo cuyo editorial expone las señas de identidad de la agrupación y dosifica alabanzas al déspota, "Bajo la égida alentadora del actual gobierno de la República que preside con todo acierto el Benemérito señor General J. V. Gómez, siempre protector decidido de la clase obrera, con la benevolencia de la prensa en cuyos talleres militamos". La estrategia surte efecto. Sus inquietos operarios esquivan la represión y esperan la oportunidad de los atrevimientos para quitarse la máscara de la limpidez políticamente inactiva, como si no hubieran matado una sola mosca en sus talleres.

Transcurre un año más y la ley de la vida asesta un golpe inesperado al Fernando ya adolescente, por los momentos estudiante de bachillerato en el liceo Andrés Bello: el viejo Manuel muere tecleando un linotipo. Lo asfixia, junto con otros compañeros, el saturnismo, envenenamiento de la sangre provocado por el uso prolongado del plomo en el maquinón con teclas. El penoso hecho obliga al joven a abandonar los estudios y lo inserta de aprendiz en la antigua Tipografía Mercantil para contribuir al sustento familiar. Comienza el ascenso vertiginoso del muchacho en el área gráfica. En solo dos años pasa de cajista tipográfico en la esquina de Veroes a corrector de pruebas en el *El Nuevo Diario*, aprendiz de linotipista en la prestigiosa Tipografía Vargas y linotipista de planta en el diario *La Religión*. En el plano nacional el país recibe alborozado la huida del caudillo a la ultratumba y continúa la marcha entre sobresaltos y tropiezos. Cincuenta años más tarde Fernando González continúa redactando párrafos repletos de gritos patrios y asociativos en su linotipo del diario **El Nacional**, cuya nómina lo acoge por dos décadas. Comparte un sindicato que forma novelistas, historiadores, ministros, intelectuales y dirigentes nacionales, sin bajar la cabeza ante todo tipo de gobiernos y tendencias, incluida una nueva dictadura uniformada a mediados de siglo y un enemigo postrero que los decapita con solo 60 años de existencia gremial: la automatización de las imprentas es la inesperada guadaña sobre el teclado y el plomo cultural del linotipo.

> **"Cincuenta años más tarde Fernando González continúa redactando párrafos repletos de gritos patrios y asociativos en su linotipo del diario El Nacional"**



LINOTIPIA, INVENTO DE OTTMAR MERGENTHALER / ARCHIVO

De rey linotipo muerto a rey automático puesto

Una comprimida cronología resume la preponderante actuación del gremio linógrafo en la vida venezolana, cuyos operarios elevan su jerarquía a un olimpo ilustrado. El año 1938 un tribunal del trabajo, ante la solicitud de los trabajadores del ramo, declara que "el oficio del linotipista confiere al operario que lo realiza la calidad de empleado, en razón de que su labor, consistente en el manejo de la linotipia o máquina que compone y funde mecánicamente los caracteres tipográficos por líneas de texto, exige el predominio del esfuerzo intelectual sobre el físico"[2]. Este triunfo de los interesados no persigue un objetivo meramente jurídico, pues con el nuevo estatus lograrán superiores salarios. Siete años más tarde, cuando los linotipistas detentan legalmente una condición laboral sembrada de erudición, fuerzas militares irredentas y parcialidades socialdemócratas inconformes derriban el gobierno de Isaías Medina Angarita. Los linotipistas, echando mano a una inusual ingenuidad –no fueron los únicos; según Ramón J. Velázquez casi todo el país pecó de candidez–[3], respaldan de inmediato a la Junta Revolucionaria[4]. A continuación el sindicato y Fernando González como secretario del trabajo promulgan sus estatutos con 46 artículos, largamente retrasados en su concepción y discusión por la inestabilidad política que los rodea. El literal "b" del primer artículo adopta como objetivo fundamental "mantener un deseo común y constante de superación profesional y sindical". Una modestia no lejana les impide estipular explícitamente la meta de progreso intelectual, a pesar de que todo linotipista, en su propia práctica y esencia, es un pensador fraguado en la incesante lectura y tecleo característicos del oficio. De hecho, el mismo Fernando González, ejerciendo una diáfana adultez profesional, escribe regularmente en *El Linotipista Venezolano* artículos cuyos títulos y sustancia muestran su inquietud temática y conceptual mientras ocupa cuatro cargos en cinco juntas directivas diferentes entre 1942 y 1970, intercambiando la vicepresidencia y la función de mecánico linotipista. En 1974 publica "Nacionalismo, huevos fritos y unidad de clase", atrevido texto para denunciar a militares retirados "que en el pasado fueron los únicos responsables de la entrega de territorio nacional (…) A esos, cualquiera de nuestros militares del siglo pasado –activísimos en su tiempo– [sic] le hubiera aplicado el Decreto de Guerra a Muerte". No hay pelos en la lengua del González trabajador, incapaces de silenciar la pasión por el gentilicio nacional de otro caso excepcional que enaltece la condición intelectualmente avanzada de los asalariados linógrafos.

Como si el acopio de tanta cultura les hubiera exigido a sus agremiados el ascenso a instancias mucho más elevadas, Casto Fulgencio López, linotipista de la primera generación, muere en 1962 pocos días antes de ocupar su sillón como miembro de número de la Academia Venezolana de la Lengua. Desde 1932 había publicado en Venezuela y en España destacadas obras sobre Gutenberg, el tirano Aguirre, Juan Bautista Picornell y Gual y España, historia de su nativa La Guaira, la isla de Margarita, el Archivo de Indias, y, por supuesto, sobre el inventor del linotipo, el neo-Gutenberg alemán Ottmar Mergenthaler. Por otra parte, durante el año 1948 la ALV logra un contrato colectivo con la Editorial Tamanaco, cuya cláusula 13 especifica que si a un agremiado se le despide por causas distintas a las estipuladas en la Ley del Trabajo debe pagársele doble prestación "por todo lo que pudiere corresponderle para la fecha del despido", o sea, todas las prestaciones por duplicado[5]. El alcance adelanta varios decenios las reivindicaciones que la incipiente e inestable democracia ofrecerá a los trabajadores de todos los sectores durante la expansión del ingreso petrolero en los años 70. Lejos de significar un consentimiento permanente con sus miembros, estos logros sindicales exigen un riguroso cumplimiento de su normativa vigente: en 1950 la ALV expulsa a 11 miembros que trabajaron domingo y lunes de carnaval, contraviniendo las disposiciones establecidas por la Junta Directiva. A pesar del inapelable ejercicio de la autoridad sobre los agremiados desobedientes, la sentencia final sobre el destino del sindicato gráfico eclosiona desde adentro. Un autómata electrónico derriba con sus pantallas negras de caracteres verdes los teclados del linotipo en extinción, sustituyendo la obsolescencia venenosa del plomo por la celeridad inevitable de la computación. En adelante los trabajadores del grafismo ya no manipularán líneas acrisoladas ni se quemarán manos, brazos y pulmones con plomo derretido. La ALV se extingue en 1977 como gremio y esparce sus agremiados sobrevivientes entre otros sectores de la industria gráfica. EN

1 Todas las referencias acerca de la linotipia, los linotipistas y el sector gráfico han sido tomadas del periódico *El Linotipista Venezolano,* Asociación de Linotipistas de Venezuela, Caracas, años 1932, 1939, 1945, 1961, 1965, 1958, 1960, 1972, 1973 y 1974, excepto si se indica otra fuente.

2 Expediente de la Asociación Venezolana de Linotipistas, Ministerio del Trabajo, 1º de febrero de 1939.

3 Ramón J. Velázquez, "Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo", en *Venezuela Moderna: medio siglo de historia, 1926-1976*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1976, pp. 72-73.

4 Diarios **El Nacional** y *El Universal*, lunes 22 de octubre de 1945.

5 John Simmons, "Tendencias Actuales de la Contratación Colectiva en Venezuela", Ministerio del Trabajo, Departamento de Economía Laboral, Caracas, septiembre-octubre de 1977, pág. 37.

(Continúa en la página 7)

ENCRUCIJADA >> LA CUESTIÓN DE LA RESPONSABILIDAD

¿Una sociedad tecnológicamente avanzada puede ser libre?

"Pareciera que muchas tecnologías invitan a ceder nuestra mente, espíritu y libertad ante las facilidades de los atajos, perdiendo autonomía y el poder de imaginar, alejándonos de nuestra realidad para sumirnos en otra; dejándola en manos de otros que, en algunos casos, poco se preocupan del resultado de sus creaciones"

SCREENSHOT DE CYBERPUNK 2077 / CYBERPUNK.NET

LUCY FARIÑA

Lejos de condenar al capitalismo por una producción deliberada e irresponsable de tecnologías que nos consumen, y aún más lejos de asumir que este problema es un fin intrínseco de él, hay que plantearnos: ¿cómo tener una sociedad avanzada siendo verdaderamente libres?

Actualmente, puede presumirse que aquellos que fabrican estos "atajos", como diría Eduardo Segura al referirse a las tecnologías y al inmediatismo que nos ofrecen, tienen poca ética y muchas ganas de producir. Lo último no es malo *per se*, pero llega a serlo cuando no hay reparo en el impacto que tendrá el producto en la sociedad. No solo si es realmente útil, porque puede serlo, sino también si es sano para quienes lo consumirán y para el tipo de sociedad en que se quiere vivir.

Un ejemplo de un futuro posible se refleja muy bien en el videojuego *Cyberpunk 2077*. Desarrollado en "Night City", donde el "colonialismo corporativo" se ha apoderado de la sociedad, con grandes empresas extranjeras reinando en la metrópoli, generando cierto anarquismo entre los ciudadanos y un consumismo descontrolado, sin consecuencias.

En el videojuego, los individuos embelesados totalmente por la inmediatez del placer que obtienen de los dispositivos carecen de identidad y realidad propia, entregados enteramente a lo que les ofrecen. Desinhibición y promoción en cuanto a temas violentos y pornográficos. Artefactos sin ninguna regulación que permiten experimentar en primera persona dichos contenidos.

También, las personas pueden realizarse modificaciones corporales, chips, implantes de cromo, que permiten hacer más fácil las tareas cotidianas y algunas otras acciones no tan legales. Con esto, hay riesgo de hackeos mentales y fisiológicos. Recuerda un poco al *Neuralink* de Elon Musk, ambicioso proyecto que promete conectar los cerebros a las computadoras, además de curar graves enfermedades. El futuro nos pisa los talones.

A propósito de los implantes, la serie recién estrenada, basada en el videojuego *Cyberpunk Edgerunners*, plantea que, mientras más modificaciones físicas te hagas, más riesgo corres de perder tu humanidad frente a la tecnología y convertirte en lo que se considera un "cyberpsicópata". Una persona totalmente desenfrenada capaz de asesinar. Esto último permite preguntarnos: ¿a medida en que nos entregamos ciegamente ante el poder de la tecnología, vamos perdiendo nuestra humanidad?

Además: ¿qué tan lejos estamos de estos desenlaces? Pareciera que muchas tecnologías invitan a ceder nuestra mente, espíritu y libertad ante las facilidades de los atajos, perdiendo autonomía y el poder de imaginar, alejándonos de nuestra realidad para sumirnos en otra; dejándola en manos de otros que, en algunos casos, poco se preocupan del resultado de sus creaciones.

¿Cómo lo evitamos?

La respuesta recae en la responsabilidad. De ambas partes. Tanto de quienes producen como de quienes consumen. Como usuarios, tenemos el deber de decidir sabiamente qué productos usaremos para hacer saber a los productores cuáles son nuestras necesidades y gustos. También para hacerles saber dónde está la línea que no deberían cruzar en cuanto a efectos perjudiciales se refiere. Y, respecto de nosotros mismos, tenemos el deber de saber y aplicar lo que es más sano para nosotros. Sano en el sentido de que no nos quite nuestra autonomía, por ejemplo, que no nos haga dependientes ni más ignorantes de la propia realidad.

La tecnología no debería ser esclavizante. Deberían procurarse herramientas útiles sin cruzar el margen de la inutilización del ser humano. ¿Por qué? Porque poco a poco estaremos dejando de producir, de ser útiles como sociedad, y, como daño colateral, muy probablemente esta falta de participación y trabajo desemboque en un monopolio de corporaciones que tendrán la capacidad de controlar nuestras vidas, como pasa en *Cyberpunk 2077*.

¿Cuál sería una buena solución ante este problema que parece constituirse cada vez más como un problema de salud pública? Primero, la educación (dentro y fuera de casa) es un punto clave en este caso; desde ella hay que fomentar el uso de nuestras cualidades para no perder nuestra independencia. Algo tan simple como fomentar adecuadamente la lectura para no perder nuestra imaginación y más bien ampliarla y/o alentar las actividades fuera de una pantalla, serían un gran paso ante esta problemática. Actualmente muchos padres y escuelas están entregados a la tecnología como panacea para los niños, enfrentándolos todo el día a una pantalla en el colegio para enseñarles y a otra en casa para distraerlos, cuando se debería animar a desarrollar el arte de la escritura, la lectura, las actividades físicas y la imaginación.

> **"Hay que tener criterio sobre los 'avances', porque podrían suponer un retroceso. Problematizar, en síntesis, el dogma del progreso"**

Como sociedad, entender que no siempre el cambio es lo mejor, aunque sea lo más fácil. Hay que tener criterio sobre los "avances", porque podrían suponer un retroceso. Problematizar, en síntesis, el dogma del progreso.

Finalmente, desde el rol del Estado habría que implementar ciertas regulaciones, como lo han planteado Sundar Pichai, CEO de Google, y Elon Musk, con el cuidado de que no limiten el crecimiento y desarrollo de las empresas, que se centren meramente en la ética del producto.

En la Unión Europea, por ejemplo, han avanzado con las regulaciones en torno a la inteligencia artificial. Disposiciones como prohibiciones en cuanto a las IAs que puedan identificar vulnerabilidades humanas o manipular el comportamiento humano, es decir, todas aquellas que puedan suponer un riesgo para la libertad, seguridad, vida y demás derechos fundamentales; o que las IAs de alto riesgo siempre estén supervisadas por un individuo.

Esto debería implementarse al resto de tecnologías, por ejemplo, a las de entretenimiento. Regulaciones que dispongan un límite a la sustitución humana por artefactos, por ejemplo, también en cuanto a la realidad virtual y su contenido, además del impacto en la salud de quienes lo consuman, y, como bien dice uno de los preceptos sobre la regulación de las IAs de la Unión Europea, cualquier contenido o artefacto que pueda manipular el comportamiento humano. Todo desde un punto de vista ético y no totalitario, desde la responsabilidad de producción y también de consumo.

Nada de esto es un ataque contra el avance o la tecnología en sí. Esto es una visión reflexiva, crítica, a la manera en que la implementamos y en que se distribuye la innovación tecnológica; un cuestionamiento sobre si vamos en la dirección correcta hacia un buen futuro, y si estamos siendo verdaderamente libres y responsables con nuestra propia existencia. EN

Notas para una historia de la linotipia en Venezuela (1917 – 1977)

(Viene de la página 6)

Comprimiendo trayectorias, auges y caídas

Si ocurriese la compilación historiográfica de la huella linotipista en la Venezuela de sustos y esperanzas el responsable se vería en la obligación de elaborar un índice de contenidos extraordinarios en esa obra inaplazable, algunos de cuyos incisos podrían anticiparse: linotipistas subsidiando huelgas de compañeros maltratados; analistas vislumbrando la intimidación de la fotocomposición contra el linotipo –"Por delante hay un pulpo de automatismo", dice un articulista propio–; desagravios por reducción de personal en diarios de circulación masiva; presidencia de federaciones sindicales por trabajadores del gremio y membresía en delegaciones venezolanas a eventos internacionales; ministerios del poder ejecutivo ocupados por linotipistas descollantes; combate improrrogable contra los efectos del saturnismo mortal; asesinato de colegas durante golpes de Estado rechazados en bloque por la ALV; pliegos conflictivos en discusiones de contratos colectivos; lucha contra la Ley Mordaza de 1965; vehementes condenas a la violencia política –el atentado de 1960 contra Rómulo Betancourt merece este fragmento del editorial mensual: "El crimen de *Los Próceres* es el colmo de la desesperación de quienes ven su causa perdida"–; grados universitarios de colegas estudiosos; triple remuneración obtenida por la ALV para sus operarios que trabajan en días feriados; en fin, una acumulación de contiendas y conquistas dignas de un colectivo destinado al liderazgo laboral y cultural.

El colofón de ese reconocimiento nacional obtenido por la ALV lo escenifica la Avenencia Obrero Patronal acordada en abril de 1958, a solo tres meses de fenecida la dictadura perezjimenista. La foto del evento en la página editorial de *El Linotipista Venezolano* y en la prensa nacional reproduce el momento en que el linotipista Gustavo Lares Ruiz, al frente de la representación laboral, firma el acta correspondiente rodeado por el contralmirante Wolfgang Larrazábal, los empresarios Eugenio Mendoza Goiticoa y Blas Lamberti, miembros de la Junta de Gobierno, además de Ángel Cervini, presidente de la Federación de Cámaras. Parece posible, y lo es, el concierto nacional. El mismo número del tabloide publica el *Credo del Linotipista*, con el cual finalizamos este apretujado recuento; constituye un colorido mural ideológico del linotipista criollo: "Creo en mi arte, vehículo de las grandes ideas, en su poderosa fuerza moral, que a los cerebros conduce la savia de la razón, de la justicia y del derecho. Creo en su beneficio de abreviar distancias, transmitiendo en su forma gráfica el pensamiento humano. Creo en la unión de mis compañeros, porque ella es el eslabón de acero que nos estrecha en una sagrada comunión; porque es el clarín de nuestras libertades y la base de nuestras aspiraciones. Creo en sus hechos guerreros, porque tienen como arma la palabra y como escudo la razón, y creo en sus prodigios, que conducen a la escuela, a la oficina y a los lares de la educación. Creo en mi arte porque en mi creencia está la hostia de la civilización y el progreso". La desusada e irreverente ironía del Credo católico asoma la médula identitaria de la corporación, ahora en pleno disfrute de la renovada libertad política y del periodismo que enfrenta balazos en la calle con reportajes y redacciones de muy alto rango. No en balde rememorará un anciano Gabriel García Márquez, que aquel año asiste personalmente a la caída de Pérez Jiménez como reportero de la revista *Momento*, cómo y porqué los directores de los grandes diarios siempre se acompañaban en su oficina por un linotipista que extraían de los talleres para descifrar ortografías jeroglíficas y pulir estilos enmarañados.

Entre guerras mundiales repetidas y por repetir, ideologías amarradas impuestas a naciones descuidadas y apariciones premonitorias a pastorcitos lusitanos, los linotipistas nunca dejaron de teclear noticias y tipear el alma de libros múltiples antes de su desaparición, a pesar de haber satisfecho sobradamente sus propósitos sindicales. El currículum total es de colgar en la pared: entre los años 1936 y 1977 la ALV renueva constantemente su dirigencia al elegir 37 juntas directivas en 41 años, promedio inusitado en el escenario obrero, en las que participan 114 linotipistas diferentes. Durante el mismo período *El Linotipista Venezolano* publica y comprime 154 artículos sobre variadísimos temas en un tabloide que no excede 4, 8 ó 12 páginas. De veintitrés contratos colectivos firmados por la Asociación entre 1942 y 1976, diez duran solo un año, obligando a las empresas al incremento constante de las reivindicaciones logradas. Leyendo y escribiendo a diario durante sesenta años de sindicalización, la entrecortada y aguda historia de los linotipistas salpicados de plomo sigue siendo irrepetible y necesaria.

A 105 años de su fundación y 45 de su desaparición, la ALV recuerda las virtudes del esfuerzo laboral donde el colectivo no devoraba a sus propios hijos. Hace más de un siglo comenzaron a tomar el pulso al país, transcribieron sus armonías y paradojas, y notificaron un anuncio celestial desoído por papas, masones y cultores de la progresía. Hoy el error advertido extiende sus tentáculos y enciende la mecha de la guerra final, incorporando el horno nuclear incandescente que pueden echar desde las nubes. El respectivo cargo de consciencia ideológico pertenece a un sujeto alemán; no al inventor de la imprenta, sino al otro, el que carnetizó de rojo el odio en un manifiesto irónicamente impreso y exportado desde el Londres capitalista: tanto ejerce la libertad su propio albedrío que concibe su propia impugnación, sobre todo desde el año 1917, cuando se anunció el estruendo de coincidencias agoreras y nació un corajudo linotipista junto a un sindicato de pensadores que tecleaban. EN

AL OTRO LADO DE LA PUERTA, febrero 5, 2023

RONNA RÍSQUEZ / ©DANIEL HERNÁNDEZ

La contribución de Ronna Rísquez

De tanto leer noticias que los señalan, hemos construido una conformidad: creemos saber qué es El Tren de Aragua. Repetimos: banda de violentos criminales, vinculada con altos mandos del régimen, que ha diseminado sus operaciones por varios países del continente. Quizá recordemos algún caso. O nos preguntemos si su recurrente protagonismo en los noticieros alienta prejuicios contra los migrantes venezolanos.

Ronna Rísquez ha publicado el que podría ser el más revelador documento sobre el estado de las cosas en Venezuela, producido desde el periodismo: *El Tren de Aragua. La banda que revolucionó el crimen en América Latina*. Entre sus virtudes, esta: se concentra en los hechos. No se propone interpretar –en los términos en los que lo haría un sociólogo, un psicólogo social o un criminólogo–, ni ofrecer conclusiones sobre las posibles consecuencias de lo narrado. El suyo es un metódico y articulado reportaje, producido con una valentía excepcional, pesquisa de tres años, que cuenta de la banda, sus líderes y del funcionamiento en esa ciudadela que es el Centro Penitenciario de Aragua, comúnmente llamada cárcel de Tocorón.

Narra la genealogía, realidades y mitos que rodean a la marca –porque el Tren de Aragua es una marca–; la expansión por el territorio venezolano y, más adelante, hacia otros países; el portafolio de sus prácticas delictivas; describe el múltiple arsenal con que cuentan; logra entrever las claves de sus negocios (uno que desconocía, es el de la extorsión asociada a los fichajes del béisbol profesional); muestra algunos de sus tentáculos y modos de operar; sus desplazamientos, expedientes y organiza información sobre las vidas de sus cabecillas. Narra un caso singular, el secuestro del periodista Anatoly Kurmanaev, radiografía de la trastienda donde el delincuente poderoso acuerda con el funcionario del régimen, también poderoso. Una cuestión para pensar, entre innumerables: las semejanzas y afinidades que se proyectan entre el jefazo del régimen y el jefazo de la banda criminal.

Pero quiero ir a la primera parte del libro, la que narra –cruzada por historias de amor y fantasías sexuales–, de lo que insisto en llamar la *ciudadela de Tocorón*. Repiten los titulares que la cárcel está bajo el control de los pranes. Sin embargo, este enunciado cojea. Porque, en realidad, lo que ocurre es que el lugar se ha constituido en una fortificación, donde el Estado venezolano ha sido sometido y puesto al servicio de los delincuentes que viven allí. En concreto, de la cúpula de las bandas.

Hay que pensar, si la intuición que me dice que Tocorón es un remedo, en su escala, del autoritarismo político feroz, es válida o no. Hay que preguntarse si ese modelo jerárquico, estratificado, de obediencia irremediable, donde los errores se pagan con ejecuciones sumarias; si ese mundo de hombres armados (esencial y extendidamente paramilitar), de lealtades perrunas, códigos y jergas; si ese mundo de cadenas de extorsión interminables (que opera como un régimen fiscal); de escalas, méritos y permanente estado de excepción (donde la vida se experimenta al vilo, a punto de acabarse en cualquier instante), se parece en alguna medida, en alguna parte, a ciertos capítulos de la realidad extramuros de Tocorón.

Hay que preguntarse si esa cárcel no es, en realidad, un parque temático o un desmedido bodegón, con zoológico, discoteca, piscina, gallera, manga de coleo, canchas deportivas, establo, cajeros automáticos, mujeres que entran y salen, como si hubiesen sido contratadas como parte de un paquete vacacional (parque temático afín a la proliferación de remedos y fantasías que estimula el régimen).

Y hay que preguntarse, más allá de los modos de actuar, de los patrones de El Tren de Aragua, de sus innovadores métodos de extorsión, del poderío que han demostrado para imponer sus alianzas; si más allá de la biografía de El Niño Guerrero; de la metamorfosis del jefe de banda al estatuto de pran; si más allá del registro forense que todavía está por hacerse, hay que preguntarse, si el *pran* está –como solía decirse de los delincuentes– *fuera de la ley, o si constituye una forma de centro, paradigma de la ley real*, el sueño húmedo de Miraflores; y hay que preguntarse si entre Tocorón y la urbanización Las Mercedes –por ejemplo–, hay aspiraciones y rutinas mentales compartidas; si Tocorón –fortaleza militarizada, enclave desde el que se dictan por teléfono órdenes de muerte y de satisfacción de los deseos– si ese Tocorón no es, a fin de cuentas, la fantasía final, el paraíso terrenal de la revolución bolivariana.

Despacho desde la frontera entre Turquía y Siria

En los reportes aparecidos hasta el 26 de febrero, el número de fallecidos por la seguidilla de terremotos originados en la falla de Anatolia Oriental –provincia de Kahramanmaras, Turquía–, supera los cincuenta mil: más de 44 mil del lado turco, más de 6 mil del lado sirio.

Cuando la tierra desató su furia, a las 4 y 17 de la madrugada del 6 de febrero, en la región vivían entre 13 y 14 millones de personas. La falta de precisión se debe a la presencia, en ambos lados de la frontera, de cientos de miles de desplazados, sirios que se han ido concentrando en la región norte de su país o han cruzado hacia la provincia de Gaziantep, huyendo del régimen criminal de Bashar al-Ásad. Preciso: huyen de Bashar al-Ásad y del apoyo militar que Putin mantiene desde hace 12 años.

En cuanto circularon los primeros informes sobre la devastación –el mismo 6 de febrero– los programas de emergencia europeos, dieron inicio a una compleja operación en lo económico, logístico, político y moral: despegarse momentáneamente de la cadena operativa a favor de Ucrania, para prestar asistencia a la zona, con el acuerdo o la intermediación de Erdogan. Del Erdogan obstinado y violador de los Derechos Humanos, titular de un régimen corrupto, artífice de un impecable centralismo, que ha saltado por los aires ante las demandas sobrevenidas a causa de los terremotos: desde Ankara, la capital, en medio de la emergencia, tuvieron que comenzar a preguntarse cómo llevar la ayuda hasta el sur del propio territorio. Preguntarse porque, en lo sustantivo, la única política pública consistente de Erdogan hacia la región consiste en perseguir a los kurdos, a las autodefensas kurdas y al Partido Popular Kurdo. Estas palabras de la académica canadiense, Ariel Salzmann, lo resumen: "Erdogan está más preocupado por reprimir a los kurdos que por el rescate humanitario".

Sin embargo, todavía no he llegado al quid: entre las víctimas de los terremotos, hay categorías. En el tope de la pirámide están los socios y aliados de Erdogan: los mismos que controlan el poder político, económico y militar de Turquía; y, entre ellos, los integrantes de Frente Turcomano, organización paramilitar racista, especializada en el ataque a extranjeros. Le sigue en la pirámide, un grupo más amplio, constituido por los relacionados, clientela social y política de la categoría anterior. A continuación aparecen los beneficiados por ayuda internacional, iniciativas privadas y por Media Luna Roja, que es el nombre que la Cruz Roja tuvo que adoptar para que sus operaciones fueran toleradas por la intransigencia islamista.

La cuarta categoría es la de los desesperanzados: son los que no han recibido ninguna o casi ninguna ayuda, más de dos millones de desplazados que menguan día a día, excluidos del funcionamiento del mundo, entre otras razones porque las naciones y las instituciones con capacidad de prestar alguna forma de asistencia humanitaria, se niegan a aceptar, la exigencia de Putin y al-Ásad, de que la ayuda debe pasar por el control del régimen, es decir, de la estructura del poder sirio sobre la que pesan sanciones, expedientes y denuncias fundamentadas de corrupción, violación de los Derechos Humanos y crímenes de guerra. Entregarle ayuda humanitaria a al-Ásad es, nada menos, que ponerla en manos de uno de los más grandes canallas del planeta, aliado de Putin.

A esta hora, alrededor de hogueras alimentadas por restos de madera extraída de los escombros de las casas y edificios que cayeron con los sismos, cientos de miles de sirios, kurdos, chiíes y turcos que sobreviven en condiciones de pobreza extrema, sin alimentos ni medicinas ni mantas ni expectativas en relación a cuál podría ser su destino en los próximos tiempos. Solo les queda rogar que pase algo, que surja algo desde alguna parte, un milagro que les salve la vida.

Yuri Andrujovich: guerra e intimidad

Vino a España a presentar *Pequeña enciclopedia de lugares íntimos. Breviario personal de geopoética y cosmopolítica* (traducido por Oksana Gollyak y Frederic Guerrero-Solé, Editorial Acantilado, España, 2023), y ocurrió lo inevitable: le interrogaron sobre la guerra. Yuri Andrujovich ha permanecido en su país –vive en Ivano-Frankivsk ,durante el año catastrófico de la invasión y así continuará. Se ha sumado a un grupo de escritores, *Vagabundo*, que opera desde refugio antiaéreo, donde dictan conferencias y hacen tertulias: el sótano colapsa por la cantidad de gente que asiste.

A Andrujovich le han entrevistado decenas de periodistas. Sus respuestas no decepcionan: "Nuestro país está en un cruce y siempre ha padecido mucho con los enfrentamientos y las fuerzas que había a nuestro alrededor. Estamos en un punto donde todo el mundo se ha enfrentado". "Rusia dejó de ser de izquierdas durante la época de Stalin. El régimen estalinista era derecha conservadora, pero bajo una ideología comunista. Ahora tenemos esta forma de racismo ruso, como recalcó Timothy Snyder, que es la forma rusa del nazismo". "Hay que responder la pregunta de por qué Dostoyevski era el autor preferido de Goebbels". "En Ucrania, no tendremos derecho a llamarnos centroeuropeos hasta que no pidamos perdón a los checos por nuestro colaboracionismo". "Los pueblos del Este compartimos experiencias cruciales. Haber formado parte del Imperio austrohúngaro es una impronta que no ha desaparecido todavía. La Segunda Guerra Mundial y El Holocausto, tampoco. Esos fenómenos modificaron tanto la cultura como el *modus vivendi* de este espacio geográfico. Súmele la experiencia comunista". "Berlín, que continúa siendo una importante plataforma de proyectos artísticos, sigue manteniendo una actitud ambigua: hablan de diálogo, de negociaciones, de acuerdos de paz. Continúan mirando la realidad de hoy con ojos de ayer. El pacifismo alemán me saca de mis casillas, su esfuerzo por poner a la víctima y el verdugo en un mismo plano. Supongo que la brutalidad de Putin los acabará curando de eso".

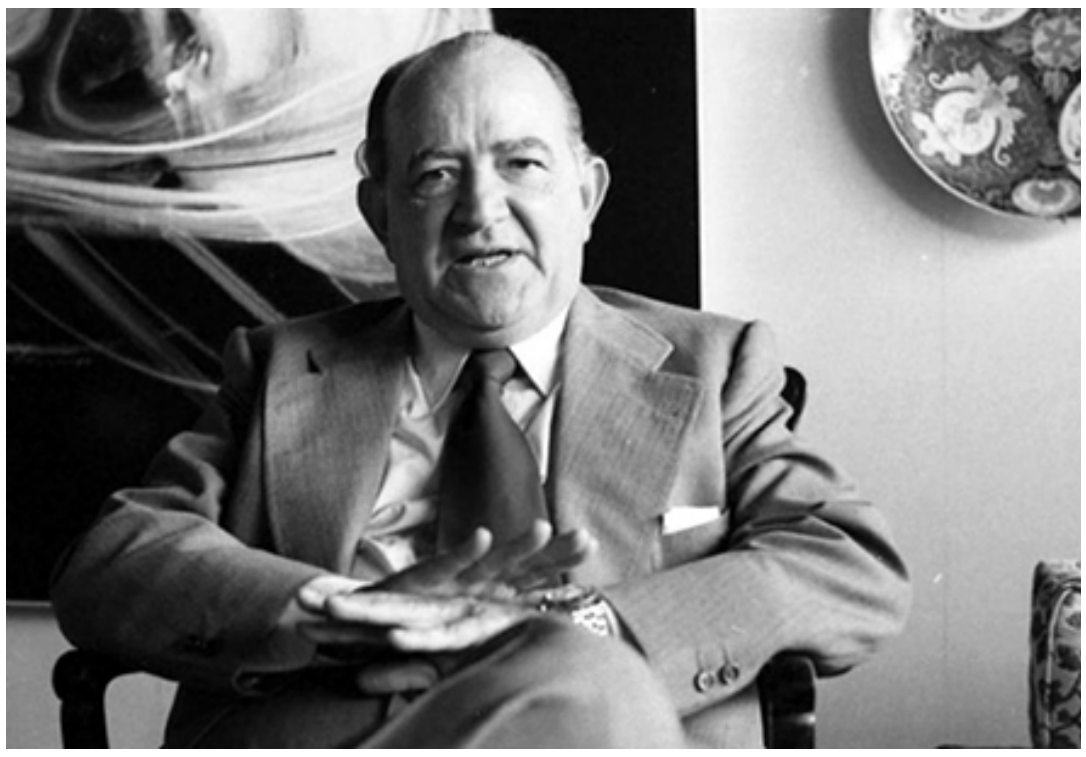
La *Pequeña antología de lugares íntimos* reúne 39 textos, organizados alfabéticamente –Aaurau, Amberes, Bayreuth, Berlín, Bucarest, y así–, memoriosos de los lugares en los que Andrujovich ha vivido o visitado, entre 1983 y 2017: ciudades ucranianas, capitales europeas y tres de nuestro continente, Detroit, Guadalajara y New York. No siguen una lógica común. Andrujovic se dirige al lector con cierta familiaridad ("Lo que más me gusta de este mundo son las ciudades que pueden ser observadas desde las alturas"); no se impone una disciplina o el cumplimiento de un específico registro. Habla de sus sensaciones ("El efecto de ausencia se experimenta cuando no estás en un determinado lugar y, de repente, sientes un enorme deseo de estar en él"); cuando se detiene en Kyev o Lviv, por ejemplo, la historia o el perfil cultural imponen su sello al texto; en otras, como la viñeta –unas cincuenta líneas– que dedica a Fráncfort del Óder, cambia de balance: la anécdota ocupa el primer plano, mientras la ciudad apenas se dibuja al fondo, discreta y casi invisible. La titulada "Chernivtsí, 1983 y más tarde", recuerda, de forma inequívoca, el pulso y abordaje, el modo de trazar y cerrar las ideas, de los ensayos reunidos en *El último territorio*. Aquí, Andrujovich habla de cultura ("Chernivtsí es uno de aquellos lugares en los que la utopía no incordia, sino que ilusiona"), de Paul Celan, y ordena siete brevísimos ensayos –la materia, las ruinas, el cementerio, el verde, las piedras, Chernivtsí, la luz– que nos devuelven a la personalidad polifacética de su escritura: ese despliegue donde el ensayo y la ficción no se repelen, sino que retroalimentan para goce del lector.

VÍCTIMAS DE TERREMOTOS EN TURQUÍA Y SIRIA, 2023 / UNICEF

YURI ANDRUJOVICH / ©LISBETH SALAS

El espaldarazo

"Cuando llegué a **El Nacional**, aquel periódico estándar, enorme, de varios cuerpos, era como un Everest del prestigio, el difícil ascenso: ser periodista de **El Nacional** significaba alcanzar un respeto en la profesión, un estatus de buen periodismo. Y ello se debía a que allí confluían seres humanos que amaban el lenguaje, que sabían escribir, que tenían plena conciencia de lo que significaban la literatura, la cultura, la comunicación"



MIGUEL OTERO SILVA / ARCHIVO EL NACIONAL

JOSÉ PULIDO

En 1960 yo tenía quince años de edad, estaba ensimismado en la novela *Casas muertas* y me detenía y me devolvía para degustar este inicio de capítulo:

"Cuando Carmen Rosa nació ya Ortiz había comenzado a desplomarse. Entre ruinas dio sus primeros pasos y ante sus ojos infantiles fueron surgiendo nuevas ruinas. Aquella casa de dos pisos, frente a la plaza, no estaba todavía tumbada cuando Carmen Rosa hizo su primera comunión. Se derrumbó más tarde, cuando sus dueños la abandonaron y vinieron unos hombres desde San Juan a llevarse las tejas y las puertas. Carmen Rosa recordaba las sólidas puertas de oscura madera y las aldabas formadas por monstruos de metal con cuellos de serpientes en cuyos vientres de cabras se engarzaban las pesadas argollas.

Era una de sus travesuras favoritas hacer sonar las grotescas aldabas cuando regresaba con Marta de la escuela. Marta le tenía miedo al ruido bronco del golpe, le tenía miedo a las horribles quimeras de las aldabas, y a los dueños de la casa cuando la casa tuvo dueños y a los fantasmas de la casa cuando los dueños la deshabitaron.

Pero tenía que quedarse en su sitio, porque también le daba miedo echar a correr, mientras Carmen Rosa tomaba con ambas manos aquellos feroces demonios de bronce y los dejaba caer una y otra vez sobre las chapas de metal de la puerta".

Sí: la releía

Yo leía y releía la novela *Casas muertas* y mi admiración crecía hacia ese escritor. Influyó el hecho de que había conocido Ortiz, me había tragado con el alma de la infancia ese lugar. Y sentí todo el espíritu desesperanzado de ese pueblo vertido en las palabras que fluían en la novela. "Quiero juntar palabras así" pensaba y seguía leyendo. Luego busqué todos los libros posibles de Miguel Otero Silva y continué creciendo como uno de sus lectores más obsesivos.

Cuando descubrí que ese narrador era el dueño de **El Nacional** comprendí por qué su periódico significaba tanto para nosotros. Es que la calidad expresiva de Miguel Otero Silva inspiraba la calidad exigida para quienes debían escribir, ilustrar, diseñar y hacer todos los días ese medio de comunicación.

Aunque leía a otros autores, era determinante el hecho de que Miguel Otero Silva fuera venezolano, estuviera a unos 137 kilómetros de mi casa y escribiera como cualquiera de los grandes novelistas de otros países. Lo que deseo expresar era que si existía un ejemplo palpable de persona creadora que quisiera seguir ese era Miguel Otero Silva.

Y por casualidades de la vida, entré a formar parte de **El Nacional** un día en que don Miguel hablaba con Juan Manuel Polo, mi maestro y segundo padre, y le dijo al admirado vasco, mostrando una crónica llegada por cable desde Nicaragua:

—Este es el tipo de crónicas que me gusta leer…

Y Juan Manuel le respondió:

—Ese es el muchacho que te he estado recomendando.

—¿Es venezolano?

—Sí. Estaba en Nicaragua como corresponsal y ahora anda sin empleo.

Y según me contó Juan Manuel, a continuación MOS expresó:

—Tráelo, pues.

Y eso fue todo.

Entrar a El Nacional

Cuando llegué a **El Nacional**, aquel periódico estándar, enorme, de varios cuerpos, era como un Everest del prestigio, el difícil ascenso: ser periodista de **El Nacional** significaba alcanzar un respeto en la profesión, un estatus de buen periodismo. Y ello se debía a que allí confluían seres humanos que amaban el lenguaje, que sabían escribir, que tenían plena conciencia de lo que significaban la literatura, la cultura, la comunicación.

No había un solo integrante de **El Nacional** que no asombrara, que no mereciera ser narrado en un libro. Los colaboradores foráneos eran escritores, poetas, artistas, filósofos, científicos, intelectuales de poder, hombres y mujeres que destacaban en sus disciplinas. **El Nacional** era una conjunción de redactores, reporteros, fotógrafos, diseñadores, vaya: la élite del oficio. De ahí surgía la fascinación que ejercía ese periódico en el país. Era como un lugar habitado por magos, por seres capaces de crear magia, como una de esas islas que se encontraba Ulises en sus caminos de la mar. Mencionar a las personas mayores que intervenían de alguna manera en aquel proceso era casi fantástico: Miguel Otero Silva, Arturo Uslar Pietri, José Ramón Medina, Ramón J. Velázquez, Aníbal Nazoa, Oscar Guaramato, Arístides Bastidas, Cuto Lamache, Juan Manuel Polo, Pedro León Zapata, Mario Delfín Becerra, Heberto Castro Pimentel, José Sardá, Pedro J. Díaz, Chepino Gerbasi, Víctor Manuel Reinoso, Kalinina Ortega, Karmele Leizaola, entre muchos otros. Lamenté no haber conocido en esa redacción la época de Ida Gramcko, pero su aura quedó para siempre impregnando esas páginas.

Un respaldo que aún persiste

Siento vergüenza de escribir esto que quiero decir, pero es algo que debo hacer, aunque parezca una falta de humildad, una promoción personal. Valoro mucho todo lo que diversas personas hicieron por mí durante mi temporada como periodista de **El Nacional**, pero la forma en que Miguel Otero Silva creyó en mí fue algo que cambió mi relación con la escritura. Es fácil comprobarlo analizando lo que hice en los pocos años que estuve en ese medio de comunicación. Aunque nunca terminamos de irnos de sus escritorios.

Se trataba de Miguel Otero Silva. Nada menos. Un señor de la narrativa y el periodismo. Un escritor que desde la primera vez que leí creí lejano, imposible. En ningún instante imaginé que lo conocería.

Ni yo creía en mi escritura, en mis empeños literarios y periodísticos. Trataba de buscar palabras, expresiones, espejos de lo que sentía, pero desembocaba cotidianamente en la certeza de que no era interesante lo que escribía. Sabía que debía crecer en conocimientos y en sentimientos. Miguel Otero creyó en lo que yo podría hacer con las palabras. Me motivó. No solo me dio trabajo. No solo me puso al frente de las páginas de arte. Él me hizo creer en la escritura como algo que mejoraba la vida así no te leyeran: escribir, decir, contar, ayudar a establecer puentes. Alguien los usaría.

Me llevó con él de viaje varias veces. Le daba cierto temor subirse a un avión. Nunca le dije que a mí también me asustaban los vuelos. Y me respaldó cuando quise publicar mi primera novela. Lamentablemente falleció dos años antes de que eso ocurriera.

En uno de nuestros viajes para los encuentros de escritores en La Habana, influyó para que me invitaran a un almuerzo con Fidel Castro, Nicolás Guillén, Wilfredo Lam y la escritora catalana Montserrat Roig. Conocí en una mesa a varios personajes que la historia repite como enseñanza y reflejo de una época. La verdad es que me impresionó la personalidad intensa y fulgurante de Montserrat Roig. Ella tenía respuestas brillantes para todo. Montserrat fue el personaje que más me interesó en ese almuerzo. Su novela *La hora violeta* me atrapó y me devoró. Escribí sobre esa novela. También disfruté acompañando a Wilfredo Lam en un paseo por La Habana vieja. Se movía en silla de ruedas.

Aunque hasta el sol de hoy, aquel momento me parece sumamente importante por estar compartiendo una realidad con Miguel Otero Silva.

Él contenía las experiencias del escritor y del periodista que yo trataba de comprender y analizar porque deseaba equivocarme poco en el camino que transitaba.

Miguel Otero logró que yo entrevistara a mucha gente de importancia que sin su ayuda no habría podido abordar. Sus enseñanzas y las de Juan Manuel Polo no cesaban: eran diarias, persistentes.

Miguel Otero Silva me dijo un día: "Cuando estoy escribiendo como periodista trato de no olvidar que soy escritor y cuando estoy escribiendo como escritor, jamás me olvido de que soy periodista. Hay que emplear todos los trucos de los periodistas para preparar un libro. En mis primeros libros yo era más lógico porque me iba a documentar al lugar donde se desarrollaría la acción. Interrogaba a las personas, le preguntaba sobre sus canciones, sus músicas, sobre el lugar y todo lo iba anotando en una libreta de periodista. En Ortiz, para escribir *Casas muertas*, llené varias libretas…".

Por su poesía y su pasión hacia la hípica conocí a uno de sus mejores amigos: el poeta Luis Pastori, quien me adoptó después del fallecimiento de Miguel Otero Silva. Estuve en el hipódromo con ambos y comprendí que su amor por los caballos era algo que no se parecía en nada a la inmediatez de querer ganar una carrera.

> **"era determinante el hecho de que Miguel Otero Silva fuera venezolano, estuviera a unos 137 kilómetros de mi casa y escribiera como cualquiera de los grandes novelistas"**

La piedra que era Cristo

Cuando Miguel escribía *La piedra que era Cristo* le gustaba comentar en qué tramo se encontraba. Yo escribí algo sobre ese proceso, para celebrar su cumpleaños 75, dos años antes de fallecer:

Jesús de Nazareth clavetea una silla. Por poco se atraviesa un dedo con el clavo final. El aire fresco de Florencia hace inclinar las flores allá afuera. El tecleo de la máquina de escribir se transforma, en el cerebro del escritor, en los golpes que da Jesús en su pequeña y transitoria carpintería, donde una o dos gallinas deben andar picoteando semillas.

Algo parecido a John Wayne, con paso de elefante de la India, Miguel Otero Silva deja la máquina de escribir y se aproxima a la ventana pensando tal vez que quiere un café negro colado "a la venezolana". Está cumpliendo 75 años hoy, pero no podrá celebrarlo en Venezuela porque se encuentra encerrado en Florencia decidido a terminar su novela sobre Jesucristo.

Miguel Otero Silva es un hombre de dos épocas: le tocó ver con el principio del siglo todo el amontonamiento de las épocas anteriores y, de pronto, detrás de la imponente catedral barroca observó pasar la nave moderna: contempló las marcas que dejaron los zapatos de goma en la luna y notó que su literatura estaba naciendo con la sangre de la nueva era. Le tiene miedo a los aviones, pero ha perdido la cuenta de cuántas veces ha volado por encima del globo sin tener deseos de mirar abajo, allí donde las nubes espesas y blancas fabrican árboles gigantescos.

Siempre dice que tiene doscientos amigos incondicionales (en realidad son más) y siete enemigos. "Uno de los tesoros de mi vida es la amistad. Podría citar, entre los grandes, a Alejo Carpentier, a Miguel Ángel Asturias, a Rafael Alberti, a Pablo Neruda. Pero hay algunos que no son tan célebres como ellos y a los que quiero de manera igualmente intensa".

También expresa que su libro más entrañable es *Casas muertas*, pero su libro preferido es *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*.

Su vida ha sido intensa, difícil, de pionero y rebelde con palpitaciones románticas. Hoy en Florencia, vive una etapa muy importante porque cada hora es dedicada hasta la saciedad a la creatividad literaria.

Trabaja a solas, sin revelar lo que está escribiendo porque es supersticioso en este sentido. Se ha propuesto escribir dos novelas en la década de los ochenta.

—Nunca me he trazado límites de futuro. La muerte me encontrará algún día, pero yo no la tengo premeditada —comentó, en alguna ocasión.

Miguel y Salvador

Miguel Otero era la representación exacta y moderna del periodista forjado al pie de las rotativas, al ritmo de las teclas. Era el ejemplo clásico de amor por el mensaje. Y su sentido de la amistad constituía un magnífico espaldarazo.

Cuando Miguel estaba en la redacción había una hora del atardecer en que le gustaba improvisar una siesta de quince o veinte minutos. Y para eso escogía mi oficina porque ahí podía esconderse detrás de unas páginas de periódico, hacer como si estuviera leyendo. Todos sabíamos que dormía y soñaba con sus historias y que esos minutos encerraban años y ciudades.

Le encargaba a Petruvska los libros serbios o de autores yugoslavos que acumulaba cuando se hallaba escribiendo *La piedra que era Cristo*. Ella le traducía las partes que le interesaban. Miguel la llamaba "la escoba". Él le encargó una página de libros donde la columna principal era escrita por Alexis Márquez Rodríguez. —Ella es la escoba que barre las mujeres cuando se acercan mucho a la oficina de Pulido" decía. Él y Salvador Garmendia tenían uno de esos chistes que repetían y se reían como muchachos celebrando maldades:

—Petruvska es quien escribe los cuentos de Pulido…

Inclusive, Salvador escribió en **El Nacional** uno de sus artículos señalando la broma. El día que lo publicó caminábamos con Salvador por el Parque del Este, a las cinco de la mañana. Salvador se reía solo. Y no entendíamos. De pronto se detuvo y nos contó la travesura. Y sin transición se puso muy serio. Seriedad de tristeza.

—Es que amanecí recordando a Miguel —dijo y seguimos caminando en total silencio.

El final

Después que falleció, todo cambió en **El Nacional**. Era inevitable. El periódico formaba parte de su espíritu. Quienes hacían el periódico formaban parte de su espíritu. Yo agradezco profundamente haber sido una consecuencia de su escritura.

Fue el último periódico donde usé la clásica y amada máquina de escribir y el primero donde me planté ante una computadora.

El escritor que admiré desde la adolescencia me aceptó como alumno y me respaldó sin ningún egoísmo. ¿Cómo podría dejar pasar eso? ¿Cómo podría callar ese agradecimiento? Sé que poner mi nombre al lado del suyo es como una pretensión poco loable. Pero el asunto es que he tratado de no decepcionarlo. Y sigo tratando.